MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

JORNADA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 4 | SABADO, AGOSTO 22 DE 1931 | Edición de 8 páginas



ACABA de salir otro libro sobre Facundo Quiroga. Pero es un libro definitivo. Ninguno hasta acá ofreció igual documentación. Ninguno mostro al hombre y al caudillo bajo tan cruda luz.

Novillo Quiroga, el poeta que desciende por línea materna de Facundo, ha protestado en JORNADA contra el criterio de Cárcano.

Nosotros no tomamos aquí partido por ahora; sólo resumimos fielmente la opinión y los juicis de Cárcano.

En el libro de D. Ramón J. Cárcano vamos a glosar y resumir algunas páginas, para actualizar en el momento esa figura de nuestra historia: advertimos que Cárcano no reivindica la memoria de Quiroga.

Quiroga vivió por 1830 en Buenos Aires. Había sido batido en Oncativo por el general Paz. Pero en Buenos Aires los federales le acogen como si hubiese triunfado. Le dan asilo y amparo.

El propio Rosas le recibe en las afueras; le aclama una multitud reclutada. Rosas y Quiroga entran en la ciudad por la calle de La Plata; le sigue un populacho desenfrenado: hombres y mujeres en estado de embriaguez; el desorden es grande, ocurren tumultos, hay músicas y cohetes.

Los ánimos se excitan, suenan disparos de armas; los transeuntes neutrales son atropellados; algunas puertas son violentadas; rompen los vidrios y gritan con furor: ¡Muera el manco Paz! ¡Muera el manco traidor!

Hasta la madrugada la chusma federal se dedica a la orgía, entre mueras al general Paz. Las gentes pulcras se encierran en sus casas, y Buenos Aires pasa su primera noche de terror, que inició la llegada de Facundo Quiroga.

El caudillo del llano y de la selva era riojano. Había nacido en esa provincia, en una tierra seca, árida y cálida, sin agua apenas ni frutos. Era de familia principal; gente que tenía su chacra o su huerta, de la que vivía. Su instrucción fué sólo primaria; su niñez fué sin freno; en un medio fanático y violento, era el más violento y el más fanático. De muy joven se vió por valles y serranías, donde lo llevaran el gusto o el impulso o el interés. Practicaba rudas faenas camperas, y, al cabo, se metió en la milicia nativa.

Cont. pág. 2

LA FEROZ FIGURA DE FACUNDO QUIROGA

Ilustró PREMIANI



LOS REINAFE resuelven mandar asesinar a Facundo; deliberan en la frontera de Santa Fe con López

(Continuación de la página anterior)

La carrera militar

Aquí empieza el político; pues toda su política fué en función de su lanza y de su sable; manda tropas y libra batallas; a los prisioneros los fusila; las ciudades las saquea; impone gobernadores, y su dominio es discrecional: desde Cuyo hasta el Norte, 9 provincias se mueven como un resorte a la presión de su mano.

Para aquella época bárbara, era un bárbaro. Los contemporáneos se indignan con sus hazañas. Es federal, y en nombre de la Federación, bajo amenaza de muerte, centraliza el poder en sus manos. El general Iriarte, antiguo federal, que nunca se batió contra Quiroga, dice, empero, que era "espantoso" lo que hacía y mandaba hacer Quiroga; sobre todo, después que fué derrotado en Córdoba, parece que se hizo más feroz. Estaba refugiado en Buenos Aires cuando supo que los tesoros que había ocultado en La Rioja habían sido descubiertos y extraídos por los unitarios. Cuanto él había salvado con su persona, lo había ya perdido al juego. Mientras residió acá no hizo otra cosa que jugar. Era mal jugador; en la campaña y en sus provincias, donde mandaba, no sabía perder; cuando perdía, hacía trampas; pero, en B. Aires, no pudo alzarse con lo perdido. Así, cuando salía otra vez a la guerra, estaba sin fortuna y destituído de recursos. Los encontró en los pueblos, a los que extorsionó; los saqueó; los puso a contribución forzosa.

El jugador

Su codicia era ilimitada. Su apetito de oro y de joyas era famoso. Su sistema era el despojo más violento. Era descarado para hacerlo. Sus reacciones eran bestiales. Sus fallos, inicuos. En el plazo de breves horas o días, había que traerle tantas talegas o sufrir la muerte. El tiempo dependía de la distancia, no de los medios. Así se resarcía de lo que jugaba.

Si la víctima no tenía y sus parientes decían que tampoco, iba al patíbulo. Los que salvaban su vida entregando lo exigido, quedaban arruinados de por vida; pues el caudillo era insaciable.

Los negocios de la paz

Después de Ciudadela, el país queda pacificado. Entonces Quiroga se dedica a los negocios. Está cansado de vivir en las provincias. Quiere convertir en renta fija sus caudales. Ha saqueado ya media República. Puede entregarse a sus pasiones favoritas. Está enfermo y decaído; pero le sobra voluntad. Es prepotente a causa de sus triunfos. Es temido por su terrorismo. Está casi postrado, medio paralítico; pero sólo quiere disfrutar de la vida. Era sólo un caudillo feroz, que ni siquiera era un hombre austero. En Buenos Aires encarga de sus intereses a don Braulio Costa. Frecuenta a Rosas. Se le somete en todo. Hace como Rosas: proclama el principio federal, y persigue a los que pretenden organizar el país bajo el sistema federal. Habla siempre del patriotismo, de las libertades, de las Constituciones, del bien público, del desinterés, de la probidad y de los sacrificios hechos por el país. Es enfático, retórico, vacuo y mentiroso. Es un insignificante poderoso. Rosas lo aprovecha, lo maneja y lo comisionaba.

En Buenos Aires se le halaga. Se le ofrece una vida holgada y culta. Entretiene su ocio urbano en la vana tertulia política, en los negocios fáciles, en los naipes, que siempre llenan sus manos. Sus disciplinas son todas así: fáciles y sensuales; todas de la vida opulenta. Es atento y respetuoso con las damas. Despierta interés y curiosidad. No pueden imaginarse lo que sea en campaña este hombre a quien no sin razón llaman el Tigre de los Llanos.

En Buenos Aires instala su casa, coloca a sus hijos en los mejores colegios, se hace vestir por el sastre de moda. Pero suele salir con su traje de gaucho decente, el mismo que de ordinario viste en las provincias: una chaqueta corta y el poncho que le cubre las espaldas y lleva recogido por delante con las dos manos. Pasea así solo a todas horas, sin armas, andando lentamente, por las calles de Buenos Aires, donde pronto es una figura popular e impresionante. Dice Iriarte que su semblante era feroz como su alma. En su rostro y ojos estaban manifiestas todas las violentas pasiones y la crueldad de sus instintos. Su mirada era torva, ceñuda y penetrante: era una amenaza, un aviso permanente de que despreciaba a sus semejantes; su expresión era altiva y dominadora en absoluto; los hombres para él eran sus esclavos, y así lo decía en su lenguaje sarcástico.

Se ocupa personalmente con afán, en especulaciones de cambio y agio; concurre a los escritorios de corredores y cambistas, para ajustar él mismo las transacciones y negocios de todo género. Es ávido de bienes y de dinero. Pero se lo juega todo, si la ocasión se ofrece; mas ello es para compensarlo después; como que ahora ya es rico, y puede perder hasta sesenta mil pesos fuertes en unos días; suma que entonces resultaba enorme.

Es conocido por tramposo, y eso ocasiona incidentes ruidosos. Se aprovecha del temor que despierta. Se enfurece en la misma mesa de juego, y nadie le niega el desquite que exige. Es empresario de minas riojanas; es prestamista al 24 y 36 o|o anual; provoca por la prensa un violento apremio al ministro García por una operación de títulos que le perjudica.

Por entonces, Rosas propone la expedición al desierto. Quiroga se va a encargar de la división del centro, Rosas de la izquierda, y de la derecha el famoso fraile Aldao. Pero Quiroga está enfermo, y se queda sin ir al desierto; pone al frente a Ruiz Huidobro, su lugarteniente, y, bajo secreto, conspira contra el gobierno de Córdoba, aunque es el secreto de Polichinela.

La expedición al desierto

En Córdoba se disputan dos partidos: el de Quiroga y el de López. López, de Santa Fe, prevalece; ha invadido la provincia y puesto en el gobierno a los Reinafé; pero los Arredondo encabezan el partido de Quiroga, y uno de ellos dice que Córdoba ha de ser el centro de la Federación Quiroguana.

Ruiz Huidobro encarga al coronel Castillo que se subleve. Este lo hace, pero es batido. Se descubre que Huidobro es el instigador, y se concluye que Quiroga es el que lo inspira.

En vano Quiroga condena de palabra a Huidobro. De hecho le protege y le tiene a su lado. Los Reinafé le cobran cada vez mayor miedo. De un momento a otro temen ser invadidos. En una intentona que fracasa, toman preso a Arredondo y lo mandan fusilar. Quiroga brama. Rosas sigue cada día más amigo de Quiroga, y López teme el predominio de Quiroga, y desconfía de Rosas, aunque le respeta. Los Reinafé resuelven matar a Quiroga. Encargan de ello a Santos Pérez. El crimen se comete en Barranca Yaco. Es bien conocido el caso. Es la consecuencia de aquel intento que dió al traste con la expedición al desierto.

Quiroga mostró que no paraba en medios; hizo fracasar la empresa de Rosas, por desalojar de Córdoba la influencia de López, mantenida por los Reinafé. Rosas disimuló el fracaso de la expedición al desierto porque más le importaba la amistad de Quiroga para dominar el país entero. Los Reinafé, después del crimen, se hallaron con que nadie les perdonaba. Todo el mundo odiaba en vida a Quiroga; pero, cuando murió, la consternación nacional fué intensa. Resultó un personaje enorme, y, el crimen, abominable. Es la característica de nuestro país: grandilocuente y falsamente sentimental. López no pudo proteger a los Reinafé: Rosas los había condenado. Fueron aprisionados, vejados y ahorcados en Buenos Aires; sus bienes confiscados y su memoria difamada. Se llamaban realmente Quenfaith; su padre había traducido el apellido en Reinafé, literalmente.



FACUNDO — pensaban — se preparaba a invadir Córdoba para desalojar a los Reinafé

La figura de Quiroga

En realidad, Quiroga fué un bárbaro audaz y sin escrúpulos; era un hombre sensual, codicioso y maligno; sirvió a Rosas cuanto pudo, y con Rosas sostuvo el principio federativo; pero no se le ocurrió organizar la federación, al contrario de López, de quien era enemigo, por celos de poder y por temor de que ejecutase lo que profesaba. Quería el poder personal, y lo pagó con su persona.



LOS REINAFE SON AHORCADOS en Buenos Aires, de orden de Rosas, por el asesinato de Quiroga



Preparado por las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la Droguería de LA ESTRELLA Ltda., Rivadavia 1501 esq. Paraná, Bs. Aires

EL DECAPITADO DEL JAR

Lo que significa la novela policial

El extraordinario auge de la novela policial, difícil género en el que descuellan maestros como Chesterton, Wallace, Oppenheim, Leblanc, Conan Doyle, etc., hace pensar seriamente que es esta la más apropiada literatura popular contemporánea. El hombre moderno, de vida complicada y azarosa necesita descansar su imaginación en la lectura que ofrezca el interés apasionante de la época, sin la obligación de fatiga intelectual que supone toda otra literatura. La novela policial ejerce en la vida doméstica el papel del cinematógrafo. Se lee una novela policial como se ve una película, para olvidarla en seguida. La novela policial podría ser así una especie de periodismo en libro. Aviva la imaginación, nos hace vivir de aventura en aventura sin mayor trascendencia, nos apasiona por el misterio, último mito al que sigue siendo fiel el hombre. La novela policial es hoy la puerta de escape de la dura realidad cotidiana. Es un poco el regreso al candor infantil de las primeras lecturas de aventuras de piratas y cow boys y pieles rojas. Es la salvación del "tedium vitae" que apresa a los hombres de las grandes ciudades. El remedio contra el splen. Hombres graves leen apasionadamente novelas policiales. Mr. Hoover, confesó paladinamente que se distrae de los graves asuntos de Estado, leyendo a Edgard Wallace.

Chesterton ha mejorado el género

G. K. Chesterton, colaborador de JORNADA, es suficientemente conocido por sus artículos y sus libros de humorismo trascendental. Pero no todos lo conocen bajo el aspecto de novelista policial. El gran humorista inglés un día se detuvo ante un kiosco de revistas y libros en Londres. Observó la enorme cantidad de revistas y libros de índole policial y se preguntó si podríase mejorar el género y hacer de la novela policial un género de arte insuperable. Con su genio, cuya conciencia le [illegible], se contestó afirmativamente [illegible] allí su libro "El Candor del Padre Brown" que con arte [illegible] logrado realiza, en el difícil género policial, la perfección. No hay en efecto mejores cuentos policiales en el mundo que estos de Chesterton. Pueden buscarse más espectaculares, más melodramáticos, pero no se podrán encontrar otros como éstos en donde la más rigurosa lógica inductiva y deductiva, lleva al esclarecimiento de crímenes misteriosos, de robos extraños, de sucesos verdaderamente fantásticos.

Brindamos a nuestros lectores estos cuentos, porque ellos no han llegado al pueblo todavía con la difusión que fuera de desear.

Nuestros lectores sabrán apreciar la belleza y el interés de estos relatos maravillosos. Obra perfecta de novela policial, es una muestra acabada de lo que puede hacerse en el difícil género con el talento creador de un Chesterton. Los cuentos de este escritor que publicaremos sucesivamente, afirmarán mucho mejor de lo que lo decimos, la verdad de nuestro aserto.

El decapitado del jardín

Arístides Valentín, jefe de la Policía de París, llegó tarde a la cena, y algunos de sus huéspedes estaban ya en casa. Pero a todos los tranquilizó su criado de confianza, Iván, un viejo que tenía una cicatriz en la cara, y una cara tan gris como sus bigotes, y que siempre se sentaba tras una mesita que había en el vestíbulo; un vestíbulo tapizado de armas. La casa de Valentín era tal vez tan célebre y singular como el amo. Era una casa vieja, de altos muros y álamos tan altos que casi sobresalían, vistos desde el Sena; pero la singularidad — y acaso el valor policíaco — de su arquitectura estaba en esto: que no había más salida a la calle que aquella puerta del frente, resguardada por Iván y por la armería. El jardín era amplio y complicado, y había varias salidas de la casa al jardín. Pero el jardín no tenía acceso al exterior, y lo circundaba un paredón enorme, liso, inaccesible, con púas en las bardas. No era un mal jardín para los esparcimientos de un hombre a quien cientos de criminales habían jurado matar.

Según Iván explicó a los huéspedes, el amo había anunciado por teléfono que asuntos de última hora, lo obligaban a retardarse unos diez minutos. En verdad, estaba dictando algunas órdenes sobre ejecuciones y otras cosas desagradables de este jaez. Y aunque tales menesteres le eran profundamente repulsivos, siempre los atendía con la necesaria exactitud. Tenaz en la persecución de los criminales, era muy suave a la hora del castigo. Desde que había llegado a ser la suprema autoridad policíaca de Francia, y en gran parte de Europa, había empleado honorablemente su influencia en el empeño de mitigar las penas y purificar las prisiones. Era uno de esos librepensadores humanitarios que hay en Francia. Su única falta consiste en que su perdón suele ser más frío que su justicia.

Llega Arístides Valentín, y examina las circunstancias

Valentín llegó. Estaba vestido de negro; llevaba en la solapa el botoncito rojo. Era una elegante figura. Su barbilla negra tenía ya algunos toques grises. Atravesó la casa y se dirigió inmediatamente a su estudio, situado en la parte posterior. La puerta que daba al jardín estaba abierta. Muy cuidadosamente guardó con llave su estuche en el lugar acostumbrado, y se quedó unos segundos contemplando la puerta abierta hacia el jardín. La luna — dura — luchaba con los jirones y andrajos de nubes tempestuosas. Y Valentín la consideraba con una emoción anhelosa, poco habitual en naturalezas tan científicas como la suya. Acaso estas naturalezas poseen el don psíquico de prever los más tremendos trances de su existencia. Pero pronto se recobró de aquella vaga inconsciencia, recordando que había llegado con retraso y que sus huéspedes lo estarían esperando. Al entrar al salón, se dió cuenta al instante de que, por lo menos, su huésped de honor aún no había llegado.

Distinguió a las otras figuras importantes de su pequeña sociedad: a Lord Galloway, el embajador inglés — un viejo colérico con una cara roja como amapola, que llevaba la banda azul de la Jarretera —; a Lady Galloway, sutil como una hebra de hilo, con los cabellos argentados y la expresión sensitiva y superior. Vió también a su hija, Lady Margaret Graham, pálida y preciosa muchacha, con cara de hada y cabellos color de cobre. Vió a la duquesa de Mont Saint-Michel, de ojos negros, opulenta, con sus dos hijas, también opulentas y ojinegras. Vió al doctor Simon, tipo del científico francés, con sus gafas, su barbilla oscura, la frente partida por aquellas arrugas pa-

Los Galloways están alegres y dispuestos a todo

Los Galloways estaban dispuestos a pasar alegremente por todo, salvo en un punto: siempre que Lady Margarita no tomara el brazo del aventurero O'Brien, todo estaba bien. Y Lady Margarita no lo hizo así, sino que entró al comedor decorosamente acompañada por el doctor Simon. Con todo, el viejo Lord Galloway comenzó a sentirse inquieto y a ponerse algo áspero. Durante la cena estuvo bastante diplomático; pero cuando, a la hora de los cigarros, tres de los más



Se halla[illegible] rígido con la expresión de un orgullo mayor que el de Catón

ralelas que [illegible] al castigo de los hombres de [illegible] altanero, puesto que proceden del mucho levantar las cejas. V[illegible] Padre Brown, de Cobhole, en Essex, a quien había conocido [illegible] recientemente. Vió, [illegible] con mayor interés que a todos los otros, a un hombre alto, con uniforme, que acababa de inclinarse ante los Galloways sin que éstos contestaran su saludo muy calurosamente, y que a la sazón se adelantaba al encuentro de su huésped para presentarle sus cortesías. Era el comandante O'Brien, de la Legión francesa extranjera; tenía un aspecto entre delicado y fanfarrón, iba todo afeitado, el cabello oscuro, los ojos azules; y, como parecía propio en un oficial de aquel famoso regimiento de los victoriosos fracasos [illegible] los afortunados suicidios, su aire [illegible] a la vez atrevido y melancólico. [illegible], por nacimiento, un caballero [illegible]dés, y, en su infancia, había [illegible] a los Galloways, y especialmente a Margarita Graham. [illegible] abandonado su patria dejando algunas deudas, y ahora daba [illegible] su absoluta emancipación de la etiqueta inglesa presentándose en uniforme, espada al cinto y espuelas calzadas. Cuando saludó a la familia del embajador, Lord y Lady Galloway le contestaron con rigidez, y Lady Margarita miró a otra parte.

Valentín espera que llegue un hombre de fama mundial

Pero si las visitas tenían razones para considerarse entre sí con un interés especial, su distinguido huésped no estaba especialmente interesado en ninguna de ellas. A lo menos, ninguna de ellas era a sus ojos el convidado de la noche. Valentín esperaba, por ciertos motivos, la llegada de un hombre de fama mundial, cuya amistad se había ganado durante sus victoriosas campañas policíacas en los Estados Unidos. Esperaba a Julio K. Brayne, el multimillonario cuyas colosales y aplastantes generosidades para favorecer la propaganda de las religiones no reconocidas había dado motivo a tantas y tan fáciles burlas, y a tantas solemnes y todavía más fáciles felicitaciones por parte de la prensa americana y británica. Nadie podía estar seguro de si Mr. Brayne era un ateo, un mormón o un partidario de la ciencia cristiana; pero él siempre estaba dispuesto a llenar de oro todos los vasos intelectuales, siempre que fueran vasos hasta hoy no probados. Una de sus manías era esperar la aparición del Shakespeare americano — cosa de más paciencia que el oficio de pescar. Admiraba a Walt Whitman, pero opinaba que Luke P. Tanner, de París (Philadelphia) era mucho más "progresista" que Whitman. Le gustaba todo lo que le parecía "progresista". Y Valentín le parecía "progresista", con lo cual le hacía una grande injusticia.

La deslumbrante aparición de Julio K. Brayne fué como un toque de campana que diera la señal de la cena. Tenía una notable cualidad, de que podemos preciarnos muy pocos: su presencia era tan ostensible como su ausencia. Era enorme, tan gordo como alto; vestía traje de noche, de negro implacable, sin el alivio de una cadena de reloj o de una sortija. Tenía el cabello blanco, y lo llevaba peinado hacia atrás, como un alemán; roja la cara, fiera y angelical, con una barbilla oscura en el labio inferior, lo cual transformaba su rostro infantil, dándole un aspecto teatral y mefistofélico. Pero la gente que estaba en el salón no perdió mucho tiempo en contemplar al célebre americano. Su mucha tardanza había llegado a ser ya un problema doméstico, y a toda prisa se le invitó a tomar del brazo a Lady Galloway para pasar al comedor.

jóvenes — el doctor Simon, el Padre Brown y el equívoco O'Brien, el desterrado con uniforme extranjero — empezaron a mezclarse en los grupos de las damas y a fumar en el invernadero, entonces el diplomático inglés perdió la diplomacia. A cada sesenta segundos le atormentaba la idea de que el bribón de O'Brien tratara por cualquier medio de hacer señas a Margarita, aunque no se imaginaba de qué manera. A la hora del café se quedó acompañado de Brayne, el canoso yanqui que creía en todas las religiones, y de Valentín, el peligrisáceo francés que no creía en ninguna. Ambos podían discutir mutuamente cuanto quisieran; pero era inútil que invocaran el apoyo del diplomático. Esta logomaquia "progresista" acabó por ponerse muy aburrida; entonces Lord Galloway se levantó también, y trató de dirigirse al salón. Durante seis u ocho minutos anduvo perdido por los pasillos; al fin oyó la voz aguda y didáctica del doctor, y después la voz opaca del clérigo, seguida por una carcajada general. Y pensó con fastidio que tal vez allí estaban también discutiendo sobre la ciencia y la religión. Al abrir la puerta del salón sólo se dió cuenta de una cosa: de quiénes estaban ausentes. El comandante O'Brien no estaba allí; tampoco Lady Margarita.

Abandonó entonces el salón con tanta impaciencia como antes abandonara el comedor, y otra vez metióse por los pasillos. La preocupación por proteger a su hija del pícaro argelino-irlandés se había apoderado de él como una locura. Al acercarse al interior de la casa, donde estaba el estudio de Valentín, tuvo la sorpresa de encontrar a su hija, que pasaba rápidamente con una cara pálida y desdeñosa que era un enigma por sí sola. Si había estado hablando con O'Brien, ¿dónde estaba éste? Si no había estado con él, ¿de dónde venía? Con una sospecha apasionada y senil se internó más en la casa, y casualmente dió con una puerta del servicio que comunicaba al jardín. Ya la luna, con su cimitarra, había rasgado y deshecho toda nube de tempestad. Una luz de plata bañaba de lleno el jardín. Por el césped vió pasar una alta figura azul camino del estudio. Al reflejo lunar, sus facciones se revelaron; era el comandante O'Brien.

Lord Galloway se queda confuso

Desapareció tras la puerta vidriera en los interiores de la casa, dejando a Lord Galloway en un estado de ánimo indescriptible, a la vez confuso e iracundo. El jardín de plata y azul, como un escenario de teatro, parecía atraerle tiránicamente con esa insinuación de dulzura tan opuesta al cargo que él desempeñaba en el mundo. La esbeltez y gracia de los pasos del irlandés le habían encolerizado como si, en vez de un padre, fuese un rival; y ahora la luz de la luna lo enloquecía. Una como magia pretendía atraparlo, arrastrándolo hacia un jardín de trovadores, hacia una tierra maravillosa de Watteau; y, tratando de emanciparse por medio de la palabra de aquellas amorosas insensateces, se dirigió rápidamente en pos de su enemigo. Tropezó con alguna piedra o raíz de árbol, y se detuvo instintivamente a escudriñar el suelo, primero con irritación, y después, con curiosidad. Y entonces la luna y los álamos del jardín pudieron ver un espectáculo insuitado: un viejo diplomático inglés que echaba a correr, gritando y aullando.

A sus gritos, un rostro pálido se asomó por la puerta del estudio, y se vieron brillar los lentes y aparecer el ceño preocupado del doctor Simon, que fué el primero en oír las primeras palabras que al fin pudo articular claramente el noble caballero. Lord Galloway, gritaba:

—¡Un cadáver sobre la yerba! ¡Un cadáver ensangrentado!

Y ya no pensó en O'Brien.

—Debemos decirlo al instante a Valentín — observó el doctor, cuando el otro le hubo descrito entre tartamudeos lo que apenas se había atrevido a mirar —. Es una fortuna tenerle tan a mano.

En este instante, atraído por las voces, el gran detective entraba en el estudio. La típica transformación que se operó en él fué algo casi cómico: había acudido al sitio con el cuidado de un huésped y de un caballero que se figura que alguna visita o algún criado se ha puesto malo; pero cuando le dijeron que se trataba de un hecho sangriento, al instante tornóse grave, importante, y tomó el aire de hombre de negocios; porque, después de todo, aquello, por abominable e insólito que fuese, era su negocio.

—Amigos míos — dijo mientras se encaminaban hacia el jardín —, es muy extraño que, tras de haber andado por toda la tierra a caza de enigmas, se me ofrezca uno en mi propio jardín. ¿Dónde está?

No sin cierta dificultad cruzaron el césped, porque había comenzado a levantarse del río una ligera niebla. Guiados por el espantado Galloway, encontraron al fin el cuerpo, hundido entre la espesa yerba. Era el cuerpo de un hombre muy alto y de robustas espaldas. Estaba boca abajo, vestido de negro, y era calvo, con un escaso vello negro aquí y allá que tenía un aspecto de alga húmeda. De su cara manaba una serpiente roja de sangre.

—Por lo menos — dijo Simon con una voz profunda y extraña —, por lo menos no es ninguno de los nuestros.

—Examínele usted, doctor — ordenó con cierta brusquedad Valentín —. Bien pudiera no estar muerto.

El doctor se inclinó.

—No está enteramente frío, pero me temo que sí completamente muerto — dijo. — Ayúdenme ustedes a levantarlo.

Todas las dudas quedan disipadas al instante

Lo levantaron cuidadosamente hasta una pulgada del suelo, y al instante se disiparon, con espantosa certidumbre, todas sus dudas. La cabeza se desprendió del tronco. Había sido completamente cortada. El que había cortado aquella garganta, había quebrado también las vértebras del cuello. El mismo Valentín se sintió algo sorprendido.

—El que ha hecho esto es tan fuerte como un gorila — murmuró.

Aunque acostumbrado a los horrores anatómicos, el doctor Simon se estremeció al levantar aquella cabeza. Tenía algún arañazo por la barba y mandíbula, pero la cara estaba sustancialmente intacta. Era una cara amarilla, pesada, a la vez hundida e hinchada, nariz de halcón, párpados inflados; la cara de un emperador romano prostituído, con ciertos toques de emperador chino. Todos los presentes parecían considerarlo con la fría mirada del que mira a un desconocido. Nada más había de notable en aquel cuerpo, salvo que, cuando lo levantaron, vieron claramente el brillo de una pechera blanca manchada de sangre. Como había dicho el doctor Simon, aquel hombre no era de los suyos, no estaba en la partida, pero bien podía haber tenido el propósito de venir a hacerles compañía, porque vestía el traje de noche propio del caso.

Valentín se puso de rodillas, se echó sobre las manos, y en esa actitud anduvo examinando con la mayor atención profesional la yerba y el suelo, dentro de un contorno de veinte yardas, tarea en que fué asistido menos concienzudamente por el doctor, y sólo convencionalmente por el lord inglés. Pero sus penas no tuvieron más recompensa que el hallazgo de unas cuantas ramitas partidas o quebradas en trozos muy pequeños, que Valentín recogió para examinar un instante, y después arrojó.

—Unas ramas — dijo gravemente; — unas ramas y un desconocido decapitado; es todo lo hay sobre el césped.

Hubo un silencio casi humillante, y de pronto el agitado Galloway gritó:

—¿Qué es aquello? ¿Aquello que se mueve junto al muro?

A la luz de la luna se veía, en efecto, acercarse una figura pequeña con una como enorme cabeza; pero lo que de pronto parecía un duende, resultó ser el inofensivo curita, a quien habían dejado en el salón.

—Advierto — dijo con mesura — que este jardín no tiene puerta exterior. ¿No es verdad?

Valentín frunció el ceño con cierto disgusto, como solía hacerlo por principio ante toda sotana. Pero era hombre demasiado justo para disimular el valor de aquella observación.

—Tiene usted razón — contestó; — antes de preguntarnos cómo ha sido muerto, hay que averiguar cómo ha podido llegar hasta aquí. Es convenir en que — si ello resulta compatible con mi deber profesional — lo mejor será comenzar por excluir de la investigación pública algunos nombres distinguidos. En casa hay señoras y caballeros, y hasta un embajador. Si establecemos que este hecho es un crimen, como tal hemos de investigarlo. Pero mientras no lleguemos ahí, puedo obrar con entera discreción. Soy la cabeza de la policía: persona tan pública, que bien puedo atreverme a ser privado. Quiera el cielo que pueda yo [illegible] absolver a todos y cada uno de mis huéspedes, antes de que tenga que acudir a mis empleados para que busquen en otra parte el autor del crimen. Pido a ustedes, por su honor, que no se [illegible] hasta mañana a mediodía. Hay alcobas suficientes para todos. Simon, ya sabe usted dónde está Iván, mi hombre de confianza: en el vestíbulo. Dígale usted que deje a otro criado de guardia, y venga al instante. Lord Galloway, usted es, sin duda, la persona más indicada para explicar a las señoras lo que sucede y evitar el pánico. También ellas deben quedarse. El Padre Brown y yo vigilaremos entretanto el cadáver.

¿Cómo pudo llegar hasta aquí la víctima?

Cuando el genio del capitán hablaba en Valentín, siempre era obedecido como un clarín de órdenes. El doctor Simon se dirigió a la armería y dió la voz de alarma a Iván, el detective privado de aquel detective público. Galloway fué al salón y comunicó las terribles nuevas con bastante tacto, de suerte que cuando todos se reunieron allí, las damas habían pasado ya del espanto al apaciguamiento. Entretanto, el buen sacerdote y el buen ateo permanecían uno a la cabeza y otro a los pies del cadáver, inmóviles, bajo la luna, estatuas simbólicas de dos filosofías de la muerte.

Iván, el hombre de confianza, de la gran cicatriz y los bigotazos, salió de la casa disparado como una bala de cañón, y vino corriendo sobre el césped hacia Valentín, como un perro que acude a su amo. Su cara lívida parecía vitalizada con aquel suceso policíaco-doméstico, y con una solicitud casi repugnante pidió permiso a su amo para examinar los restos.

—Sí, Iván, haz lo que gustes, pero no tardes; debemos llevar dentro el cadáver.

Iván levantó aquella cabeza, y casi la dejó caer.

—¡Cómo! — exclamó —; esto... esto no puede ser. ¿Conoce usted a este hombre, señor?

Valentín adopta una táctica especial

—No — repuso Valentín, indiferente —; más vale que entremos.

Entre los tres depositaron el cadáver sobre un sofá del estudio, y después se dirigieron al salón.

El detective, sin vacilar, se sentó tranquilamente junto a un escritorio; su mirada era la mirada fría del juez. Trazó algunas notas rápidas en un papel, y preguntó después concisamente:

—¿Están presentes todos?

—Falta Mr. Brayne — dijo la duquesa de Mont Saint-Michel, mirando en redor.

—Sí — dijo Lord Galloway, con áspera voz; y creo que también falta Mr. Neil O'Brien. Yo lo vi pasar por el jardín cuando el cadáver estaba todavía caliente.

—Iván — dijo el detective, — ve a buscar al comandante O'Brien y a Mr. Brayne. A éste lo dejé en el comedor acabando su cigarro. El comandante O'Brien creo que anda paseando por el invernadero, pero no estoy seguro.

El leal servidor salió corriendo, y antes de que nadie pudiera moverse o hablar, Valentín continuó con la misma militar presteza:

—Todos ustedes saben ya que en el jardín ha aparecido un hombre muerto, decapitado. Doctor Simon: usted lo ha examinado. ¿Cree usted que supone una fuerza extraordinaria el cortar de esta suerte la cabeza de un hombre, o que basta con emplear un cuchillo muy afilado?

—Y el doctor, pálido:

—Me atrevo a decir que no puede hacerse con un simple cuchillo.

—¿Tiene usted alguna idea sobre el utensilio o arma que hubo que emplear para tal operación?

—Realmente — dijo el doctor arqueando las preocupadas cejas —, en la actualidad no creo que se emplee arma alguna que pueda producir este efecto. No es fácil practicar tal corte, aun con torpeza; mucho menos con la perfección de que nos ocupa. Sólo se podría hacer con un hacha de combate, o con una antigua hacha de verdugo, o con un viejo montante de los que se esgrimían a dos manos.

—¡Santos cielos! — exclamó la duquesa con voz histérica —; ¿y no hay aquí, acaso, en la armería hachas de combate y viejos montantes?

Valentín, siempre dedicado a su papel de notas, dijo, mientras apuntaba algo rápidamente:

—Y dígame usted: ¿podría cortarse la cabeza con sable francés de caballería?

En la puerta se oyó un golpecito que, quién sabe por qué, produjo en todos un sobresalto como el golpecito que se oye en Lady Macbeth. En medio del silencio glacial, el doctor Simon logró al fin decir:

—¿Con un sable? Sí, creo que se podría.

—Gracias — dijo Valentín —. Entra, Iván.

Entra el comandante O'Brien, y se desconcierta

El Iván, el confidente, abrió la puerta para dejar pasar al comandante O'Brien, a quien se había encontrado paseando otra vez por el jardín.

El oficial irlandés se detuvo desconcertado y receloso en el umbral.

—¿Para qué hago falta? — exclamó.

—Tenga usted la bondad de sentarse — dijo Valentín, procurando ser agradable —. Pero qué, ¿no lleva usted su sable? ¿Dónde lo ha dejado?

—Sobre la mesa de la biblioteca — dijo O'Brien; y su acento irlandés se dejó sentir, con la turbación, más que nunca —. Me incomodaba, comenzaba a....

—Iván — interrumpió Valentín. — Has el favor de ir a la biblioteca por el sable del comandante. Y cuando el criado desapareció —: Lord Galloway afirma que lo vió a usted saliendo del jardín poco antes de tropezar él con el cadáver. ¿Qué hacía usted en el jardín?

El comandante se dejó caer en un sillón con cierto desfallecimiento.

—¡Ah! — dijo ahora con el más completo acento irlandés —. Admiraba la luna, comulgaba un poco con la naturaleza, amigo mío.

Se produjo un profundo, largo silencio. Y de nuevo se oyó aquel golpecito a la vez insignificante y terrible. E Iván reapareció trayendo una funda de sable.

—He aquí todo lo que pude encontrar — dijo.

—Ponlo sobre la mesa — ordenó Valentín sin verlo.

En el salón había una expectación silenciosa e inhumana, como esa mar de inhumano silencio que se forma junto al banquillo de un homicida condenado. Las exclamaciones de la duquesa habían cesado desde hacía un rato. El odio profundo de Lord Galloway se sentía satisfecho y amortiguado. La voz que entonces se dejó oír fué la más inesperada.

—Yo puedo deciros... — soltó Lady Margarita, con aquella voz clara, temblorosa, de las mujeres valerosas que hablan en público —. Yo puedo deciros lo que Mr. O'Brien hacía en el jardín, puesto que él está obligado a callar. Estaba, sencillamente, pidiendo mi mano. Yo se la negué, y le dije que mis circunstancias familiares me impedían concederle nada más que mi estimación. El no pareció muy contento: mi estimación no le importaba gran cosa. Pero ahora — añadió con débil sonrisa —, ahora no sé si mi estimación le importará tan poco como antes: vuelvo a ofrecérsela. Puedo jurar en todas partes que este hombre no cometió el crimen.

Lord Galloway se adelantó hacia su hija, y trató de intimidarla hablándola en voz baja:

—Cállate, Margarita — dijo con un cuchicheo perceptible a todos—. ¿Cómo puedes escudar a ese hombre? ¿Dónde está su sable? ¿Dónde su condenado sable de caballería...?

Y se detuvo ante la mirada singular de su hija, mirada que atrajo las de todos a manera de un fantástico imán.

"Este hombre ha sido inocente", exclama miss Galloway

—¡Viejo insensato! — exclamó ella con voz sofocada y sin disimular su impiedad —. ¿Acaso te das cuenta de lo que quieres probar? Yo he dicho que este hombre ha sido inocente mientras estaba a mi lado. Si no fuera inocente, no por eso dejaría de haber estado a mi lado. Y si mató a un hombre en el jardín, ¿quién más pudo verlo? ¿Quién más pudo, al menos, saberlo? ¿Odias tanto a Neil, que no vacilas en comprometer a tu propia hija?...

Lady Galloway se echó a llorar. Y todos sintieron el escalofrío de las tragedias satánicas a que arrastra la pasión amorosa. Les pareció ver aquella cara orgullosa y lívida de la aristócrata escocesa, y junto a ella la del aventurero irlandés, como viejos retratos en la oscura galería de una casa. El silencio pareció llenarse de vagos recuerdos, de historias de maridos asesinos y de amantes envenenadores.

Y en medio de aquel silencio enfermizo, se oyó una voz cándida:

—¿Era muy grande el cigarro?

El cambio de ideas fué tan súbito, que todos se volvieron a ver quién había hablado.

—Me refiero — dijo el diminuto Padre Brown —, me refiero al cigarro que Mr. Brayne estaba acabando de fumar. Porque ya me va pareciendo más largo que un bastón.

A pesar de la impertinencia, Valentín levantó la cabeza, y no pudo menos de demostrar, en su cara, la irritación mezclada con la aprobación.

—Bien dicho — dijo con sequedad —. Iván, ve a buscar de nuevo a Mr. Brayne, y tráenosle aquí al punto.

En cuanto desapareció el factótum, Valentín se dirigió a la joven con la mayor gravedad:

—Lady Margarita — comenzó —; estoy seguro de que todos sentimos aquí gratitud y admiración a la vez por su acto: ha crecido usted más en su ya muy alta dignidad al explicar la conducta del comandante. Pero todavía queda una laguna. Si no me engaño, Lord Galloway la encontró a usted entre el estudio y el salón, y sólo unos cuantos minutos después se encontró al comandante, el cual estaba todavía en el jardín.

—Debe usted recordar — repuso Margarita con fingida ironía — que yo acababa de rechazarlo; no era, pues, fácil que volviéramos del brazo. El es, como quiera, un caballero. Y procuró quedarse atrás... ¡y ahora le achacan el crimen!

—En esos minutos de intervalo — dijo Valentín gravemente — muy bien pudo...

De nuevo se oyó el golpecito, e Iván asomó su cara señalada:

—Perdón, señor — dijo —; Mr. Brayne ha salido de casa.

—¡Que ha salido! — gritó Valentín, poniéndose en pie por primera vez.

—Que se ha ido, ha tomado las de Villadiego o se ha evaporado — continuó Iván en lenguaje humorístico —. Tampoco aparecen su sombrero ni su gabán, y diré algo más para completar: que he recorrido los alrededores de la casa para encontrar sus rastros, y he dado con uno, y por cierto muy importante.

—¿Qué quieres decir?

El criado trae un sable de caballería

—Ahora se verá — dijo el criado; y ausentándose, reapareció a poco con un sable de caballería deslumbrante, manchado de sangre por el filo y la punta.

Todos creyeron ver un rayo. Y el experto Iván continuó tranqu
mente:

—Lo encontré entre unos m
jos, a unas cincuenta yarda
aquí, camino de París. En otra
labras; lo encontré precisament
el sitio en que lo arrojó el re
table Mr. Brayne su fuga.

Hubo un silencio, pero de
especie. Valentín tomó el sabl
examinó, reflexionó con una
centración no fingida, y des
con aire respetuoso, le di
O'Brien:

—Comandante, confío en
siempre estará usted dispuest
permitir que la policía examine
la arma, si hace falta. Y entre
to — añadió, metiendo el sabl
la funda, permítame usted de
vérsela.

Ante el simbolismo militar
aquel acto todos tuvieron que
minarse para no aplaudir.

Y, en verdad, para el mismo
O'Brien, aquello fué la crisis
prema de su vida. Cuando, al a
necer del día siguiente, and
otra vez paseando por el jar
había desaparecido de su semb



Cómo se Hace u

Por MARIA ROB



SUPONGO en prisión a un desdichado inocente

FRECUENTEMENTE se me ha preguntado acerca de mis cuentos policiales y la distribución de sus episodios. He tenido que escribir tres cuentos antes de poder decir cual es mi "fórmula" que en realidad resulta sencilla en extremo. Las dificultades, que son muchas, se reducen a escoger una intriga original, unida a incidentes y situaciones que hagan que la intriga principal no deje de tener importancia a l
ojos del lector. En los cuentos policiales es necesario su
tarse a un rígido código de principios morales, tales como
honor en medio de los robos, que es un asunto en el cual
escritor debe cuidar de no producir una influencia tan gra
de, que después, esto sea tomado por el lector como una gu
ética.

Cuando estoy escribiendo cuentos policiales o una hi
toria misteriosa, yo comienzo con mi misterio, es decir, con
truyo mentalmente una historia que por cierto no escribo,
tampoco escribiré nunca.

Este cuento mental que generalmente tiene una concl
sión real de tal o cual crimen y cuyo proceso ha llevado
criminal a prisión o puesto en su lugar a un inocente, me s
ve para escribir un cuento contemplando este crimen ba
otro punto de vista.

Muy frecuente, cuando comienzo con un crimen o c
algo misterioso debo suspender mi cuento, por que en la hi
torieta reconstruída en mi mente, yo sé que el criminal co
siguió su propósito. Entonces me veo obligada a traer a
cuento nuevos criminales y otros personajes, para evitar
cualesquier suspicacia.

El plan general del cuento se mueve solo. Los personaj
del mismo son siempre empujados, asustados y ordinar
mente complicados. Ellos van reconociendo el final del cue

DIN, Novela de G. K. Chesterton



...ste hombre ha sido inocente —exclama miss Galloway— mientras ha estado junto a mí

Dibujó PREMIANI

te la trágica trivialidad que de ordinario lo distinguía: tenía muchas razones para considerarse feliz. Lord Galoway, que era todo un caballero, le había presentado la excusa más formal. Lady Margarita era algo más que una verdadera dama: una mujer, y tal vez le había presentado algo mejor que una excusa, cuando anduvieron paseando antes del almuerzo por entre los macizos de flores. Todos se sentían más animados y humanos, porque, aunque subsistía el enigma del muerto, el peso de la sospecha no caía ya sobre ninguno de ellos, y había huído hacia París sobre el dorso de aquel millonario extranjero a quien conocían apenas. El diablo había sido desterrado de casa: el mismo se había desterrado.

Con todo, el enigma continuaba. O'Brien y el doctor Simon se sentaron en un banco del jardín, y este interesante personaje científico se puso a resumir los términos del problema. Pero no logró hacer hablar mucho a O'Brien, cuyos pensamientos iban hacia más felices regiones.

"Yo no dudo de que Brayne sea el autor del crimen"

—No puedo decir que me interese mucho el problema — dijo francamente el irlandés —, sobre todo ahora que aparece muy claro. Es de suponer que Brayne odiaba a ese desconocido por alguna razón: lo atrajo al jardín, y lo mató con mi sable. Después huyó a la ciudad, y por el camino arrojó el arma. Iván me dijo que el muerto tenía en uno de los bolsillos un dólar yanqui: luego era un paisano de Brayne, y esto parece explicar mejor las cosas. Yo no veo en esto la menor complicación.

—Pues hay cinco complicaciones colosales — dijo el doctor tranquilamente —, metidas la una dentro la otra como cinco murallas. Entiéndame usted bien: yo no dudo de que Brayne sea el autor del crimen, y me parece que su fuga es bastante prueba. Pero, ¿cómo lo hizo? He aquí la primer dificultad: ¿cómo puede un hombre matar a otro con un sable tan pesado como éste, cuando le es mucho más fácil emplear una navaja de bolsillo y volvérsela a guardar después? Segunda dificultad: ¿por qué no se oyó un grito ni el menor ruido? ¿Puede un hombre dejar de hacer alguna demostración cuando ve adelantarse a otro hombre blandiendo un sable? Tercera dificultad: toda la noche ha estado guardando la puerta un criado; ni una rata puede haberse colado de la calle al jardín de Valentín. ¿Cómo pudo entrar este individuo? Cuarta dificultad: ¿cómo pudo Brayne escaparse del jardín?

—¿Y quinta? — dijo Neil fijando los ojos en el sacerdote inglés, que se acercaba a pasos lentos.

—Tal vez sea una bagatela — dijo el doctor —; pero a mí me parece una cosa muy rara; al ver por primera vez aquella cabeza cortada, supuse desde luego que el asesino había descargado más de un golpe. Y al examinarla más de cerca, descubrí muchos golpes en la parte cortada; es decir, golpes que fueron dados cuando ya la cabeza había sido separada del tronco. ¿Odiaba Brayne a tal grado a su enemigo para estar macheteando su cuerpo una y otra vez a la luz de la luna?

—¡Qué horrible! — dijo O'Brien estremeciéndose.

A estas palabras, ya el pequeño Padre Brown se les había acercado, y con su habitual timidez esperaba a que acabaran de hablar. Al fin dijo con embarazo:

—Siento interrumpir a ustedes. Me mandan a comunicar a ustedes las nuevas.

—¿Nuevas? — repitió Simon mirándole muy extrañado a través de sus gafas.

—Sí; lo siento — dijo con dulzura el Padre Brown —. Sabrán ustedes que ha habido otro asesinato.

Los dos se levantaron de un salto, desconcertados.

—Y lo que todavía es más raro — continuó el sacerdote, contemplando con sus torpes ojos los rododendros —: el nuevo asesinato pertenece a la misma desagradable especie del anterior: es otra decapitación. Se encontraron la segunda cabeza sangrando en el río, a pocas yardas del camino que Brayne debió de tomar para París. De modo que suponen que éste....

—¡Cielos! — exclamó O'Brien —. ¿Será Brayne un monomaníaco?

—Es que también hay "vendettas" americanas — dijo el sacerdote, impasible. Y añadió: —Se desea que vengan ustedes a la biblioteca a verlo.

El comandante O'Brien siguió a los otros hacia el sitio de la averiguación, sintiéndose decididamente enfermo. Como soldado, odiaba las matanzas secretas. ¿Cuándo iban a acabar aquellas extravagantes amputaciones? Primero una cabeza y luego otra. Y se decía amargamente que en este caso falla la regla aquella: dos cabezas valen más que una. Al entrar en el estudio, casi se bamboleó ante una horrible coincidencia: sobre la mesa de Valentín estaba un dibujo a colores, que representaba otra cabeza sangrienta: la del propio Valentín. Pronto vió que era un periódico nacionalista llamado "La Guillotine", que acostumbraba todas las semanas publicar la cabeza de uno de sus enemigos políticos, con los ojos saltados y los rasgos torcidos, como después de la ejecución; porque Valentín era un anticlerical notorio. Pero O'Brien era un irlandés, que aun en sus pecados conservaba cierta castidad; y se sublevaba ante aquella brutalidad intelectual, que sólo en Francia se encuentra.

Vió un bosque de gárgolas, y asomar los diablos de Notre Dame

En aquel momento le pareció sentir a todo París, en un solo proceso que, partiendo de las grotescas iglesias góticas, llegaba hasta las groseras caricaturas de los diarios. Recordó las burlas gigantescas de la Revolución. Y vió a toda la ciudad en un solo espasmo de horrible energía, desde aquel boceto sanguinario que yacía sobre la mesa de Valentín, hasta la montaña y bosque de gárgolas por donde asoman, gesticulando, los enormes diablos de Notre Dame.

La biblioteca era larga, baja y penumbrosa; una luz escasa se filtraba por las cortinas corridas, y tenía aún el sonrojo de la mañana. Valentín y su criado Iván estaban esperándoles junto a un vasto escritorio inclinado, donde estaban los mortales restos, que resultaban enormes en la penumbra. La carota amarillenta del hombre encontrado en el jardín no se había alterado. La gente de Valentín andaba ocupada en buscar el segundo cadáver, que tal vez flotaría en el río. El Padre Brown, que no compartía la sensibilidad de O'Brien, acercóse a la segunda cabeza y la examinó con minucia de cegatón. Apenas era más que un montón de blancos y húmedos cabellos, irisados de plata y rojo en la suave luz de la mañana; la cara de un feo tipo sangriento y acaso criminal — se había estropeado mucho contra los árboles y las piedras, al ser arrastrada por el agua.

—Buenos días, comandante O'Brien — dijo Valentín con apacible cordialidad —. Supongo que ya tiene usted noticia del último experimento en carnicería de Brayne.

El Padre Brown continuaba inclinado sobre la cabeza de cabellos blancos, y dijo sin cambiar de actitud:

—Por lo visto es enteramente seguro que también esta cabeza la cortó Brayne.

—Es cosa de sentido común, al menos — repuso Valentín con las manos en los bolsillos —. Ha sido arrancada en la misma forma, ha sido encontrada a poca distancia de la otra, y tal vez cortada con la misma arma, que ya sabemos que se llevó consigo.

—Sí, sí; ya lo sé — contestó sumiso el Padre Brown. — Pero usted comprenderá: yo tengo mis dudas sobre el hecho de que Brayne haya podido cortar esta cabeza.

—Y ¿por qué? — preguntó el doctor Simon con asombro.

—Pues, mire usted, doctor — dijo el sacerdote, pestañeando como de costumbre —: ¿es posible que un hombre se corte su propia cabeza? Yo lo dudo.

O'Brien sintió como si un universo de locura estallara en sus orejas; pero el doctor se adelantó a comprobarlo, levantando los húmedos y blancos mechones.

—¡Oh! No hay la menor duda: es Brayne — dijo el sacerdote tranquilamente —. Tiene exactamente la misma verruga en la oreja izquierda.

El detective que había estado contemplando al sacerdote con ardiente mirada, abrió su apretada mandíbula, y dijo con acritud:

—Parece que usted hubiera conocido mucho a ese hombre, Padre Brown.

—En efecto — dijo el hombrecillo con sencillez —. Lo he tratado algunas semanas. Estaba pensando en convertirse a nuestra iglesia.

En los ojos de Valentín ardió el fuego del fanatismo; se acercó al sacerdote, y apretando los puños, dijo con candente desdén:

—¿Y tal vez estaba pensando también en dejar a ustedes todo su dinero?

—Tal vez — dijo Brown con impasibilidad —. Es muy posible.

—En tal caso — exclamó Valentín con temible sonrisa —, usted sabía muchas cosas de él, de su vida y de sus...

El padre Brown opina a su modo

El comandante O'Brien cogió por el brazo a Valentín.

—Abandone usted ese tono injurioso, Valentín — dijo —, o volverás a lucir los sables.

Pero Valentín ante la mirada humilde y tranquila del sacerdote, ya se había dominado, y dijo simplemente:

—Bueno; para las opiniones privadas siempre hay tiempo. Ustedes, caballeros, están todavía ligados por su promesa; manténganse dentro de ella y procure que los otros también se mantengan. Iván les contará a ustedes lo demás que deseen saber. Yo voy a trabajar y a escribir a las autoridades... No podemos mantener este secreto por más tiempo. Si hay novedad, estoy en el estudio escribiendo.

—¿Hay más noticias que comunicarnos, Iván? — preguntó el doctor Simon cuando el jefe de policía hubo salido del cuarto.

—Sólo una, me parece, señor — dijo Iván, arrugando su vieja cara color ceniza —; pero no deja de tener interés. Es algo que se refiere a ése que se encontraron ustedes en el jardín — añadió, señalando sin respeto al enorme cuerpo negro —. Ya lo hemos identificado.

—¿De veras? — preguntó el asombrado doctor —. ¿Y quién es?

—Su nombre es Arnold Becker — dijo el ayudante —, aunque usaba muchos apodos. Era un pícaro vagabundo, y se sabía que ha andado por América: tal es el hombre a quien Brayne decapitó. Nos hemos comunicado con la policía alemana. Y da la casualidad de que tenía un hermano gemelo, de nombre Luis Becker, con quien mucho hemos tenido que ver: como que ayer apenas nos vimos en el caso de guillotinarlo. Bueno, caballeros, la cosa es de lo más extraño; pero cuando vi anoche a este hombre en el suelo, tuve el mayor susto de mi vida. A no haber visto ayer con mis propios ojos a Luis Becker guillotinado, hubiera jurado que era Luis Becker el que estaba en la yerba. Entonces, naturalmente, me acordé del hermano gemelo que tenía en Alemania, y siguiendo el indicio...

Pero Iván suspendió sus explicaciones, por la excelente razón de que nadie le hacía caso. El comandante y el doctor consideraban al Padre Brown, que había saltado sobre sus pies y se apretaba las sienes, como presa de un dolor súbito.

—¡Alto, alto, alto! — exclamó al fin —. ¡Pare usted de hablar un instante, ya que veo a medias! ¿Me dará Dios bastante fuerza? ¿Podrá mi cerebro dar el salto y descubrirlo todo? ¡Cielos, ayudadme! En otro tiempo yo solía ser ágil para pensar, y podía parafrasear cualquier página del Santo de Aquino. ¿Me estallará la cabeza, o conseguiré al fin ver? ¡Ya veo la mitad, sólo la mitad!

Hundió la cabeza entre las manos, y se mantuvo en una rígida actitud de reflexión o plegaria, en tanto que los otros no hacían más que asombrarse ante aquella última maravilla de aquellas maravillosas doce horas.

El padre Brown resuelve las dificultades

Cuando las manos del Padre Brown cayeron al fin, dejaron ver un rostro serio y fresco cual el de un niño. Lanzó un gran suspiro, y dijo:

—Sea dicho y hecho lo más pronto posible. Escúchenme ustedes: esta será la mejor manera de convencer a todos de la verdad. Usted, doctor Simon, posee un cerebro poderoso: esta mañana le he oído a usted proponer las cinco dificultades mayores de este enigma. Tenga usted la bondad de proponerlas otra vez, y yo trataré de contestarlas.

Al doctor Simon se le cayeron las gafas de la nariz, y dominando sus dudas y su asombro, contestó al instante:

—Pues bien; ya lo sabe usted, la primera cuestión es esta: ¿cómo puede un hombre ir a buscar un enorme sable para matar a otro, cuando, en rigor, le basta con un alfiler?

—Un hombre — contestó tranquilamente el Padre Brown — no puede decapitar a otro con un alfiler, y, para este asesinato especial, era necesaria la decapitación.

—¿Por qué? — preguntó O'Brien con mucho interés.

—Venga la segunda cuestión — continuó el Padre Brown.

—Allá va: ¿por qué no gritó ni hizo ningún ruido la víctima? — preguntó el doctor —. La aparición de un sable en un jardín no es un espectáculo habitual.

—Ramitas — dijo el sacerdote tétricamente, y se volvió hacia la ventana que daba al escenario del suceso —. Nadie ha visto de dónde procedían las ramitas. ¿Cómo pudieron caer sobre el césped (véanlo ustedes) estando tan lejos de los árboles? Las ramas no habían estallado solas, sino que habían sido tajadas. El asesino estuvo distrayendo a su víctima jugando con el sable, haciéndole ver cómo podía cortar una rama en el aire, u otras cosas por el estilo. Y cuando la víctima se inclinó para ver el resultado, un furioso tajo le arrancó la cabeza.

—Bien — dijo lentamente el doctor; eso parece muy posible. Pero las otras dos cuestiones desafían a cualquiera.

El sacerdote seguía contemplando el jardín reflexivamente, y esperaba, junto a la ventana, las preguntas del otro.

—Ya sabe usted que el jardín está completamente cerrado, como una cámara hermética — prosiguió el doctor —. ¿Cómo, pues, pudo el desconocido llegar al jardín?

Sin volver la cara el cura contestó:

—Nunca hubo ningún desconocido en ese jardín.

Silencio. Y a poco se oyó el ruido de una risotada casi infantil. Lo absurdo de esta salida del Padre Brown movió a Iván a enfrentarse abiertamente.

—¡Cómo! — exclamó —. ¿De modo que no hemos arrastrado anoche hasta el sofá ese corpachón? ¿De modo que éste no entró al jardín?

—¿Entrar al jardín? — repitió Brown reflexionando —. No; no del todo.

No hay término medio, según Simón

—¡Pero, señor! — exclamó Simon —: o se entra o no se entra al jardín: imposible el término medio.

—No necesariamente — dijo el clérigo con tímida sonrisa —. ¿Cuál es la cuestión siguiente, doctor?

—Me parece que usted desvaría — dijo el doctor Simon secamente —. Pero de todos modos, le propondré la cuestión siguiente: ¿cómo logró Brayne salir del jardín?

—Nunca salió del jardín — dijo el sacerdote sin apartar los ojos de la ventana.

—¿Que nunca salió del jardín? — estalló Simon.

—No completamente — dijo el Padre Brown.

Simon crispó los puños en un rapto de lógica francesa.

—¡O sale uno del jardín o no sale! — gritó.

—No siempre — dijo el Padre Brown.

El doctor Simon se levantó con impaciencia.

—No quiero perder más tiempo en estas insensateces — dijo indignado —. Si usted no puede entender el hecho de que un hombre tenga necesariamente que estar de un lado u otro del muro, no discutamos más.

—Doctor — dijo el clérigo muy cortésmente —, siempre nos hemos entendido muy bien. Aunque sea en nombre de nuestra antigua amistad, espere usted un poco y propóngame la quinta cuestión.

El impaciente doctor se dejó caer sobre una silla que había junto a la puerta, y dijo simplemente:

—La cabeza y la espalda han recibido unos golpes muy raros. Parecen dados después de la muerte.

—Sí — dijo el inmóvil sacerdote — y se hizo así para hacerle suponer a usted el falso supuesto en que ha incurrido: para hacerle a usted dar por establecido que esa cabeza pertenece a ese cuerpo.

Aquella parte liminar del cerebro en que se enjendran todos los monstruos, conmovióse espantosamente en el gaélico O'Brien. Sintió la presencia caótica de todos los hombres-caballos y mujeres-peces engendrados por la absurda fantasía del hombre. Una voz más antigua que la de sus primeros padres pareció decir a su oído: "Aléjate del monstruoso jardín adonde crecen los árboles de doble fruto; huye del perverso jardín donde murió el hombre de las dos cabezas". Pero mientras estas simbólicas y vergonzosas figuras pasean por el profundo espejo de su alma irlandesa, su intelecto afrancesado se mantenía alerta, y contemplaba al extravagante sacerdote tan atenta y tan incrédulamente como los demás.

El Padre Brown había vuelto la cara al fin; pero, contra la ventana, sólo se veía su silueta. Sin embargo, creyeron adivinar que estaba pálido como las cenizas. Con todo fué capaz de hablar muy claramente, como si no hubiera en el mundo almas gaélicas.

—Caballeros — dijo —: el cuerpo que encontraron ustedes en el jardín, no es el de Becker. En el jardín no había ningún cuerpo desconocido. Y a despecho del racionalismo del doctor Simon, afirmo todavía que Becker sólo estaba parcialmente presente. Vean ustedes — señalando el bulto negro del misterioso cadáver —: nunca han visto ustedes a este hombre en su vida. ¿Acaso han visto a éste?

Y rápidamente separó la cabeza calva y amarilla del desconocido, y puso en su lugar, junto al cuerpo la cabeza canosa. Y apareció, completo, unificado, inconfundible, el cadáver de Julio K. Brayne.

—El matador — continuó Brown tranquilamente — cortó la cabeza a su enemigo, y arrojó el sable por encima del muro. Pero era demasiado ladino para sólo arrojar el sable. También arrojó la cabeza por sobre el muro. Y después no tuvo más trabajo que el de ajustarle otra cabeza al tronco, y (según procuró sugerirlo insistentemente en una investigación privada) todos ustedes se imaginaron que el cadáver era el de un hombre totalmente nuevo.

Las cabezas no se dan entre los arbustos

—¡Ajustarle otra cabeza! — dijo O'Brien espantado —. ¿Qué otra cabeza? Las cabezas no se dan en los arbustos del jardín, supongo.

—No — dijo el Padre Brown secamente, mirando sus botas —. Sólo se dan en un sitio. Se dan junto a la guillotina, donde Arístides Valentín, el jefe de policía, estaba apenas una hora antes del asesinato. ¡Oh amigos míos! Escuchadme un instante antes de que me destrocéis. Valentín es un hombre honrado, si esto es compatible con estar loco por una causa disputable. ¿Pero no habéis visto nunca en aquellos sus ojos fríos y grises que está loco? Lo hará todo, todo, por tal de destruir lo que él llamaba la superstición de la Cruz. Por eso ha combatido y ha sufrido, y por eso ha matado ahora. Los enormes millones de Brayne se habían dispersado hasta ahora entre tantas sectas, que no podían alterar la balanza. Pero hasta Valentín llegó el rumor de que Bryne, como tantos escépticos, se iba acercando hacia nosotros, y eso ya era cosa muy diferente. Brayne podía derramar abundantes provisiones para robustecer a la empobrecida y combatida iglesia de Francia; podía mantener seis periódicos nacionalistas como "La Guillotine". La balanza iba ya a oscilar, y el riesgo encendió la llama del fanático. Se decidió, pues, a acabar con el millonario, y lo hizo como podía esperarse del más grande de los detectives, resuelto a cometer su único crimen. Sustrajo la cabeza de Becker con algún pretexto criminológico, y se la trajo a casa en su estuche oficial. Se puso a discutir con Brayne, y Lord Galloway no quiso esperar al fin de la discusión. Y cuando éste se alejó, condujo a Brayne al jardín cerrado, habló de la maestría en el manejo de las armas, usó de unas ramitas y un sable para poner algunos ejemplos, y...

Iván de la Cicatriz se levantó:

—¡Loco! — aulló —. Ahora mismo lo llevo a usted con mi amo; lo voy a coger por...

—No; si allá voy yo — dijo Brown con aplomo —. Tengo el deber de pedirle que se confiese.

Llevando consigo al desdichado Brown como víctima al sacrificio, todos se apresuraron hacia el silencioso estudio de Valentín.

Un orgullo mayor que el de Catón

El gran detective estaba sentado junto a su escritorio, muy ocupado al parecer para percatarse de su ruidosa entrada. Se detuvieron un instante, y, de pronto, el doctor advirtió algo extraño en el aspecto de aquel dorso elegante y rígido y corrió hacia él. Un toque y una mirada le bastaron para permitirle descubrir que, junto al codo de Valentín, había una cajita de píldoras, y que éste estaba muerto en su silla; y en la cara lívida del suicida, había un orgullo mayor que el de Catón.

★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆

...n Cuento Policial

...RTS RINEHART

to, pero están en el secreto, son llevados por él. Lo mismo le ocurre al lector, que adivina el desenlace pero se deja llevar por la misma maraña del cuento.

Veamos así una familia que es asustada por un criminal. Los habitantes de la casa se han alarmado al oír leves pisadas en el piso. Se ha distinguido una silueta en la obscuridad... ¡Yo sé que el criminal, solamente, es el preámbulo en el cuento clásico, vale decir, que es eso lo que yo buscaba. Mas, la familia de mi cuento debe ignorarlo.

Es así que, al imaginar yo una historia de crímenes, mi divisa, simplemente es, la de mantener siempre despierto el interés de mis lectores, que es donde, realmente, se encuentra la originalidad. Y podemos decir que, la intriga recién comenzará cuando el dueño de casa, desesperadamente, ha sujetado al desconocido en el vestíbulo, y éste, logrando zafarse a huído dejando solo un mechón de cabellos rojizos!

Cuando el secreto del cuento ha sido revelado, hemos descubierto al criminal.

Recientemente, he añadido un nuevo método en la conclusión de mis trabajos. Consiste este en explicar la historia del crimen, tanto como sea posible, antes de descubrir la identidad del criminal. Así lo he hecho por primera vez en mi cuento "La Batida" y posteriormente en "La Puerta".

Una de las debilidades del cuento policial, cuando tiene

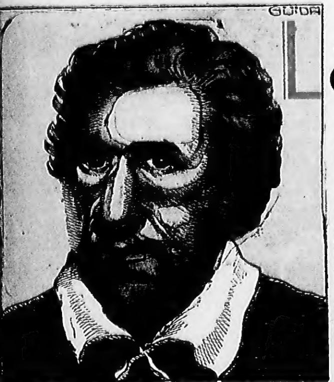


SE ASUSTAN al distinguir una silueta en la oscuridad

éxito, es que se presta a que el público, haga sobre él toda clase de conjeturas.

Es por esto, que yo digo que debe reservarse siempre hasta el final la identidad del criminal.

Pero, no hay que alucinarse. Un cuento policial lógico y completo presenta grandes dificultades en su realización.



La vida extraordinaria de Ben Jonson, poeta de la Corte y las tabernas

ALGO se sabe de la aventurera, canalla, agitada y magnífica vida del raro Ben Jonson, poeta y autor dramático de la vieja Inglaterra, contemporáneo de Shakespeare y el hombre más culto de su época. Según Byron Steel, Ben Jonson aparece como un hombre genial, de talento deslumbrante y poderosa imaginación, que alternó la frecuentación de la Corte y de las tabernas, mató a disgustos a su mujer, intervino en algunos duelos, y murió en la soledad y la desgracia.

Ben Jonson

JULES ROMAIN y Stefan Zweig, atrajeron últimamente hacia la casi olvidada figura de Ben Jonson, autor inglés contemporáneo de Shakespeare, la atención universal, adaptando y modernizando su obra fundamental, "Volpone". Esta obra, sátira maravillosa, fué representada durante dos años en el teatro del Atelier, en París, y luego en todas las grandes ciudades del mundo.

Ben Jonson sólo era conocido por los eruditos, por los curiosos. Hoy, justamente, su nombre se ha difundido, aunque todavía no en la medida que la obra merece. Infinidad de manuscritos preciosos se han perdido. Otros esperan el fervoroso buscador que los ex-...smo para admiración de los hombres. Porque Ben Jonson tiene la ...ctualidad del genio.

A pesar de la vida lamentable que arrastró, poseía Jonson una cultura ...perior a su época. Cuenta Byron Steel que, en ocasión del estreno de ...a obra de William Shakespeare, "Julio César", se hallaba en el teatro ...en Jonson, acompañado por su amigo Chapman. Al caer el telón el pú...ico aplaudió con vigor. Nuevamente se levanta el telón. La representa...ón continúa. De pronto, el péndulo de un reloj suena las tres. Un hom...e congestionado, furioso, se levanta en la platea dando gritos. Es Ben ...nson, que dice:

—¡Un reloj, en tiempo de Julio César! ¡Qué herejía!

Y abandona el teatro.

Los primeros años de Ben

DOS meses después de morir su padre, un joven gentilhombre presbiteriano, en 1573, nace Ben Jonson, de la unión de aquel con la hija de un humilde sastre. Esta mujer era casi analfabeta, pero ardorosa y ferviente. El niño fué bautizado a la moda del Antiguo Testamento y su madre lo llamó Benjamín.

Doce años después, William Camden, hombre cultísimo, historiador, que en esa época enseñaba en la escuela de Westminster, paseaba por los alrededores de Londres, al parecer sumido en las más profundas meditaciones, cuando un tumulto llamó su atención. En medio de las calles estrechas, un grupo de desharrapados perseguía a un niño deforme de cabellos rojos y ...ormes pies, metido en un hábito de estudiante del colegio de San ...artín. El perseguido no cesaba de insultar a los pilluelos de la manera ...ás singular, mezclando inglés y latín. De pronto, sin saber que era ...servado se detuvo en medio de la calle, gritando con una voz terrible:

—"¡Scelerati, detestabilis, Catilinae!"

Después se arrojó con rabia sobre las viejas piedras de una mansión, ...te la imposibilidad de reducir a todos sus perseguidores. Estos huyeron ...ver a William Camden acercarse. El niño Ben, confundido, respondió ...las preguntas del buen maestro quien, poco a poco, descubrió en ese ser ...traño una gran cultura, imaginación y temperamento. Se interesó en ...guida por el niño.

El aprendiz de albañil

WILLIAM Camden visitó a la madre de Ben, la humilde mujer que trabajaba para dar a su hijo una carrera digna. El niño quería ante todo, abandonar el colegio de San Martín. Después de mucho rogar consiguió William Camden que esa mujer permitiera a su hijo ingresar en la escuela de Westminster, bajo su protección.

Cinco años pasaron.

He aquí el retrato que Byron Steel hace de Ben Jonson, adolescente:

"Una cabeza enorme, de rojos cabellos despeinados que caían sobre sus amplias espaldas. Una figura de trazos irregulares; siempre una palidez mortal, salvo ...sus accesos de cólera. Entonces su cara se volvía escarlata y todo ...cuerpo se hinchaba hasta dar la sensación de un viejo hombre que ...a caer víctima de un ataque de apoplejía.

Pero ese adolescente era casi un sabio. Después de cinco años al lado ...Camden podía recitar a Homero, a Virgilio y a Anacreonte. Podía ...aducir a Horacio y Catulo en pesados versos ingleses. Había devorado a ...atón, Aristóteles y a todos los autores dramáticos e historiadores. Pero ...ta sabiduría no había convertido al joven en un ser agradable. Por el ...ntrario lo había agriado y su pedantería y su grosería eran tan inaguan...bles que, la esposa de William Camden, habló a su esposo, en el sentido ...enviar a Ben Jonson a trabajar, en cualquier oficio, para tratar o bien ...corregirlo o bien de darle el medio que necesitaba su vitalidad de patán.

William Camden llamó a Ben Jonson y, poniendo dulcemente una ...ano sobre su hombro le dijo que, para mayor conocimiento de la vida, ...bía decidirse a trabajar de albañil. Ben protestó airado, remitiéndose ...su enorme cultura y a sus ambiciones. Pero convencido al fin, ingresó ...aprendiz de albañil, a las órdenes del viejo Thomas Fowler.

La taberna de la Luna

DURANTE un año, la vida de Ben Jonson puede sintetizarse así: El trabajo, en las calles de Londres. Continuas discusiones con sus compañeros, a quienes insultaba en latín: "¡Cambiar un gentleman en albañil!" "¡Stultissimus!" "¡Vulgaris!" Borracheras y peleas en las tabernas, alternadas con recitaciones de Horacio y de Virgilio.

Al año, Ben Jonson se presentó en casa de su viejo protector y le dijo:

—Me voy a recorrer el mundo.

William Camden sonrió mirando alejarse, no sin alguna pena, a su querido y raro protegido.

Ben Jonson recorrió España y Francia. Se sabe, ...r Steel y otros comentaristas, que la vida arrastrada por Ben Jonson ...España y Francia, no fué de las más lícitas. Intervino en peleas, ...duelos espectaculares, en amoríos escabrosos y anduvo con mala gen... de cárcel y taberna por esos mundos. Al poco tiempo, la nostalgia, ...deseo de ver a su madre y a su maestro, lo trajeron nuevamente a ...ondres.

Todos los días acudía a la Taberna de la Luna. Un día, la tierna mu...ra de la hija del tabernero, al servirle su jarra de vino, lo conquistó. ...lla no dejaba jamás vacía la jarra de vino. Dice Steel que la frecuencia ...sus atenciones rindió a Ben tan elocuente, que, a pesar de su fealdad, ...nquistó a la hermosa muchacha. Poco después, Jane Atoke, a quien ...peraba una vida desgraciada, se convirtió, pese a las protestas del pa...e, en la señora de Ben Jonson.

Vivieron al principio, mientras Ben buscaba trabajo, en la Taberna ...la Luna. Era Jane una criatura de corazón tierno, y muchas veces, ...amentó haberse casado con un hombre tan poco romántico, como Ben ...nson".

Los cómicos de Henslowe

CUANDO Ben Jonson se presentó en la oficina literaria del teatro de la Rosa, pidiendo trabajo de actor, el viejo hombre de teatro Felipe Henslowe, no pudo contener una sonora carcajada. ¿Ese hombre deforme, horrible, cojo, grosero, de ronca voz y gestos detonantes, quería iniciarse en el sutil arte de la escena? ¡Ah, no! ¡Imposible!... Pero, reflexionándolo bien, a causa de que en casi todas las obras aparecía un diablo o un homicida, Felipe Henslowe, dijo, al rato, llamando a su ayudante George Chapman.

—Chapman, aquí tiene usted a un nuevo asesino...

Ben Jonson fué contratado.

Ben Jonson trabajó en el teatro de la Rosa y marchó con los cómicos Henslowe a recorrer otros pueblos. La multitud deliraba al verlo aparecer. Ben Jonson tuvo gran éxito; pero no por su arte sino por su ridícula figura. Los chelines llovían, de modo que al viejo Henslowe le importaba un comino que el público riera cuando debía llorar.

Vuelto a Londres, Ben Jonson vivió un instante de emoción, en medio de su borrachera, al enterarse de que Jane había dado a luz una niña, que llamaron María. Cuando, seis meses después, murió la niña, Ben Jonson compuso un bello epitafio para su tumba.

Pasó un año. Inglaterra ardía. La política, las intrigas de la corte. Los comediógrafos de aquella época, como Tomás Nashe, solían escribir comedias intencionadas, en las que aparecían tipos conocidos. Una de esas comedias, "La Isla de los Perros", hizo conocer a Ben Jonson la cárcel.

Tres hombres en prisión

NOCHE de estreno. En plena representación de "La Isla de los Perros", penetra al teatro un grupo de oficiales. Cae el telón, el público corre asustado. Las señoras se desmayan. Los oficiales suben al proscenio. Thomás Nashe, el autor, huye y es perseguido. Tres actores caen prisioneros: Gabriel Spencer, apuesto galán, Robert Shaw y Ben Jonson.

Spencer, Shaw y Jonson, en la inmunda prisión, reflexionan sobre las amarguras del teatro. Ben Jonson comunica a sus amigos que ha escrito una pieza de teatro, llamada a obtener un ruidoso éxito.

Spencer ríe.

—¿Pero usted no piensa quién representará esa obra. — dice Spencer.

—¡Ni tú, ni ningún juglar de tercer orden como tú! — exclama Jonson furioso.

—¡Silencio! — grita Shaw.

—He ahí lo que el público dirá también — agrega Spencer — ¡Silencio!

Pasan tres semanas y los amigos recobran su libertad. Lo primero que hacen es dirigirse a casa de Thomas Nashe, autor de la desgraciada comedia. Thomas Nashe, al verlos, se dirige sonriente a su encuentro. Peor para él. Ben Jonson deja caer una mano, como una piedra, sobre la cabeza del autor. Shaw y Spencer, caído Nashe, le aplican varios puntapiés. Y los tres amigos se alejan después de haber sellado su amistad, en esa desacostumbrada forma.

¿Adónde se dirigen ahora? Al teatro del Cisne, a ver al viejo cómico Felipe Henslowe, que los recibe con visibles muestras de satisfacción.

Muere un hombre

LA noche de la rentrée del gran galán Spencer, se produce la siguiente escena en la oficina del teatro del Cisne.

—Quiero un adelanto en dinero — dice Spencer a Henslowe.

El avaro retrocede.

—¿Dinero, dinero a mí, que no tengo un chelín? ¡Imposible! Has de esperar algunas representaciones...

—Bien. Hasta la vista.

No hubo manera de convencer a Spencer. ¿Quién lo reemplazaría? No hay nadie que pueda hacerlo. Al fin, se deciden por Ben Jonson. Lo que pasó después fué terrible. El público rompió las butacas arrojándolas al escenario. Ben Jonson, corrido, abandonó el teatro por la puerta falsa. Henslowe devolvió el dinero de las entradas.

Una hora más tarde, dos hombres están borrachos en la Taberna del Angel. Son ellos, el galán Spencer y el fracasado Jonson. Este lo provoca. Spencer reacciona. Se dan de golpes. Spencer, en un descuido de Jonson, le da en la cabeza con su jarra de estaño. Jonson cae. Poco después duerme un sueño pesado en su casa. Al amanecer va en busca de su amigo Chapman. Se arregla el duelo. Spencer aguarda en el campo de Shoreditch.

No cambian una palabra. Se baten. Spencer toma una posición ventajosa. Pero Ben Jonson sortea el peligro y le hunde la espada en el corazón. Caído Spencer, Ben Jonson limpia su espada en las ropas del muerto y dice con cínica solemnidad:

—"Dulce est decorum pro patria mori!" (Dulce y decoroso es morir por la patria".)

Shakespeare cuenta el dinero

MIENTRAS un guardia lleva prisionero, completamente borracho, a Ben Jonson, acusado de haber muerto a un hombre, George Chapman, que estima a Ben y conoce su talento, se introduce por la ventana al cuarto de Ben. Revisa entre sus papeles y halla lo que busca. Es un manuscrito, una obra, la primera. Rápidamente atraviesa George Chapman las calles de Londres y se dirige al viejo teatro del Globo. En la oficina, un hombre de aspecto agradable, está contando dinero sobre una mesa, amontonando pieza sobre pieza. El hombre al ver entrar a Chapman, le dice con ligera afectación:

—Mr. Chapman, ¿cómo va usted?

—Bien, Mr. Shakespeare, — contesta Chapman. —¿Todo èso es de usted?

—¡Oh, Jorge! — contesta William Shakespeare. — Estoy en vísperas de comprar la más bella casa del mundo, una de las más viejas mansiones de Strafford...

Chapman desliza una ironía envidiosa y deposita sobre la mesa el manuscrito de su amigo Ben Jonson. Cuando sale a la calle, al meter la mano en su bolsillo se sorprende: Shakespeare ha puesto algunas piezas de oro.

Mientras tanto, el generoso Will termina de contar su dinero y se dispone a leer la pieza. Queda sorprendido. Se trata de una obra maestra.

Otoño en Londres. Año de 1598. Shakespeare es el más famoso autor de Inglaterra, el más grande poeta dramático. Otro hombre aparece para disputarle la gloria. Se llama Ben Jonson, está preso, próximo a ser ahorcado.

La conquista de la Corte

EL Tribunal está reunido. Chapman acompaña a su amigo Ben Jonson. Cree que todo será inútil. Siente que su amigo va a ser condenado a muerte. Pero, sucede algo extraordinario, algo muy curioso. Ben Jonson interesa a los clérigos, que, sorprendidos ante la elocuencia de quien creían un vulgar asesino, lo someten a un examen del que salen ellos malparados. Ben Jonson recita trozos enteros de Catulo y poemas de Virgilio y de Horacio. El jurado, sin salir de su sorpresa, decide perdonar a Ben, en razón de su prodigiosa cultura.

Un éxito clamoroso aguarda al extraño personaje. Su amigo Shakespeare hará representar la obra. "Cada hombre en su carácter", se llama. El teatro está de bote en bote. Termina la representación y Ben Jonson es llamado a escena. Al poco tiempo todo Londres desfila por el teatro y admira la obra. La fama de Jonson llega a la Corte. La reina quiere conocer al poeta que se ha burlado de sus enemigos. Ben Jonson triunfa.

Pero, y a pesar de los triunfos que siguieron, a pesar de las obras que le dieron más fama y más dinero, descuida todavía su persona, su mujer, su hijo, que acaba de nacer y se emborracha todas las noches en la taberna del Angel, de la Sirena y de la Luna. En todas las tabernas de Londres.

El viejo Camden, antes de morir, asistió a tres representaciones de las obras de Ben, sin poder contener las lágrimas.

Siguen lloviendo los favores de la Corte. Ben Jonson sufre de vez en cuando las intrigas de sus viejos conocidos, como Henslowe, y sus acciones suben y bajan, pero ya es un hombre conocido en toda Inglaterra.

La muerte de Shakespeare

ALGUNOS años después, Ben Jonson que en cinco años había visto sólo dos o tres veces a William Shakespeare en la taberna de la Sirena, se decide a ir a visitarlo a su casa de Strafford, huyendo de las intrigas de la Corte.

William Shakespeare quedó sorprendido por esa inesperada visita. Cosa rara, Ben Jonson — que había ido en compañía de un amigo común llamado Drayton — abraza a William, alternando sus abrazos con calurosos elogios hacia su obra. Ben Jonson y Drayton estuvieron alrededor de una semana en la mansión de Strafford. Ben Jonson comunica a sus amigos que ya no puede soportar esa soledad. Quiere retornar a Londres.

La víspera de la partida, todos tres pasean por el hermoso y viejo jardín. Beben vino de Canarias. Beben tanto vino que, a medianoche, Ben Jonson inicia a pie su viaje a Londres, dejando a Shakespeare postrado en un banco del jardín.

Algunos días más tarde, cuando Ben Jonson llegó a Londres, se encontró con una triste noticia: William Shakespeare, el gran poeta de Inglaterra, había muerto, precisamente la noche de su partida de Strafford.

Un profundo sentimiento de pena invadió a Ben Jonson, que, a la memoria de Will, compuso un poema raro, dedicado "al Llenamado maestro William Shakespeare".

Dice Steel que, en el registro de la parroquia, en Strafford, fué consignada la muerte de Shakespeare de esta manera: "W. Shakespeare, gentleman".

Muerte de Ben Jonson

HAN pasado algunos años. Ben Jonson, consumido por la fiebre y las enfermedades, arrugado, congestionado, agoniza. Durante ese tiempo, su nombre se hizo más famoso. Todos querían conocer al singular autor de "Volpone". El hombre, agonizante, había logrado figurar en la Corte. Había sido maestro de ceremonias e íntimo del Rey Jacques. Ahora nadie se acordaba de él. Poca gente venía a visitarlo. Sin embargo, antes de morir, recibió un impresionante homenaje de los estudiantes de Oxford y de Cambridge, al viejo "Padre".

Las sombras de su esposa, de sus dos hijos muertos; la sombra de Spencer y de un español que había matado también en duelo, el recuerdo de Chapman y de Will; el recuerdo de las canallerías de Henslowe y de Mardston, acompañaban constantemente al pobre Ben Jonson, al terrible y magnífico poeta de la Corte y las Tabernas.

Cuando Jonson murió, grabaron las siguientes palabras en su tumba: "Rogad por Ben Jonson".

El tiempo obliteró la leyenda. En 1849, un sir Rober Wilson fué enterrado en la misma abadía. Al separar la tierra, un eclesiástico que presenciaba la ceremonia, vió rodar un cráneo; todavía, adheridos al cráneo, algunos cabellos rojos le daban un aspecto espantoso. Era el cráneo de Ben Jonson.

Asegura Byron Steel que, diez años más tarde, el cráneo fué visto una vez más. Tenía todavía algunos cabellos rojos.

No podemos dejar de recordar un detalle extraordinario: el tributo más significativo, el que más habrá agradado a Ben Jonson, en la eternidad: al morir el poeta, todas las tabernas balancearon por encima de sus puertas la enseña de Ben Jonson. Todas las tabernas de Londres. Al finalizar el siglo XVII, había en esa ciudad cinco tabernas, por lo menos, con la enseña del Padre Jonson.

Ilustró GUIDA

ESCENAS DE LA VIDA FUTURA
LOS E.E.U.U. VISTOS POR UN FRANCES

por E. Villalba Welsh

Georges Duhamel, a pesar de ser médico, es uno de los más interesantes escritores franceses de nuestra época. Viajero infatigable y curioso, no ha resistido al deseo de contar a sus compatriotas todo lo que le ha impresionado en sus andanzas.

Agraciado en 1918 con el Premio Goncourt, Georges Duhamel representa el tipo ideal del intelectual francés, moderadamente izquierdista, bohemiante burgués.

Civilización industrial de los EE. UU.

Es común en las gentes el esperarlo todo del porvenir. Así, la idea de civilización debe llegar a su total apogeo en siglos venideros, perfeccionarse al máximo en tiempos futuros. Estados Unidos se ha entregado desenfrenadamente a una civilización exclusivamente industrial, que ha de traerle la felicidad...

Pero para la vieja Europa, esa civilización de pueblo joven, le representa ya el porvenir, el futuro de la civilización occidental. Ya les es posible ver los resultados, anticiparse *escenas de la vida futura* (1). Así ha llegado Duhamel a los Estados Unidos, con ese propósito.

En las costas del mundo futuro

El mundo futuro es exigente. Para entrar se necesita ser, en cierta forma, un elegido. No basta el ser francés, como tampoco el no ser polígamo. Quien llegue a las playas norteamericanas, debe declarar sus opiniones sobre religión, política, sobre el matrimonio y la moral; informar sobre su vida privada, espiritual y física, sobre sus enfermedades constitutivas y contagiosas, hereditarias o adquiridas y no tener fiebre alta al desembarcar. Recién entonces será admitido a participar de la vida de ese país inverosímil.

Fuerza y grandeza de los EE. UU.

"Meneó la cabeza y dijo todavía:

—"Si Europa no se porta bien, los Estados Unidos cerrarán "quizás el canal de la Florida, para desviar la corriente caliente "del golfo y Europa se convertía en seguida en un país frío, lo "que le hará entrar en razón y la retornará al sentimiento de la "obediencia y de la modestia.

—"Ah —dije riéndome— si los Estados Unidos nos hacen "esa broma, perforaremos un túnel bajo el Atlántico para man- "darles flores.

—"Pero —repuso el comandante— no se ría. La ironía lige- "ra francesa no se cotiza en este mundo. Al decir de los especia- "listas, la clausura del canal de la Florida no sería un trabajo más "considerable que la excavación del itsmo de Panamá.

—"Ah! —dije yo— ¿Y habría americanos capaces de pensar "seriamente en esa fantasía?

—"Lo que hace la fuerza y la grandeza de América — murmuró el comandante— es que siempre hay americanos para pen- "sar seriamente en todo".

(1) "Scénes de la Vie Future", por Georges Duhamel (Ed. Mercure de France — París).

"A las calorías sabrosas", Restaurant o la conquista de la ciencia

"Parker T. Pitkin ha compuesto solo el "menú". Después de "las "ostras cocidas en la sopa de leche a la manteca", después "de las costillitas con jalea de menta, mi compañero consulta la "lista.

—"De preferencia —dice— tome esos cereales con crema. "Le darán doscientas calorías más que las batatas.

—"¿Me dará... qué?

—"Digo doscientas calorías. Es un alimento mucho más rico "que el otro...

—"Ah! ¡Es encantador vuestro humor americano!

"Pitkin se ruboriza ligeramente.

—"No bromeo, —dice— mire la lista. Enfrente de cada pla- "to, está impreso el número de calorías que ese plato representa. "Estos "menús" han sido establecidos por un "experto en alimen- "tación"...

. . . .

—"La idea de comer calorías me quita el apetito".

Cine continuado

Ya Paul Morand y Luc Durtain nos habían hablado del cine americano. Pero no en su expresión de arte. Como una necesidad de la muchedumbre norteamericana; como una exigencia de la civilización; como una visión de la vida futura.

Los cinematógrafos absorben al público, como las estaciones del subterráneo. Interminablemente. Y lo vomitan por otra puerta, después de un plazo prudencial. Las canillas por donde salen los chorros de imágenes y los chorros de música, están abiertas continuamente. Los cinematógrafos son formidables pero no se comprende cómo los permiten. Prohiben el alcoholismo, —en algunos estados también el cigarrillo—, prohiben la morfina, la cocaína, los estupefacientes y protegen el libre acceso a los "estupidizantes"!

Besos de siete pies

"Las butacas son bastante buenas. El confort americano. El "confort de las nalgas. Un confort puramente muscular y táctil".

La película llega al final inesperado del beso. Las dos bocas se tocan.

"Parker T. Pitkin me dice al oído:

—"Hay una nueva ley. Eso no puede exceder de siete piés.

—"¿El qué?"

—"El beso en la boca. Antes, esos besos duraban tanto que "han hecho una ley. No más de siete pies".

El grito del chancho

Chicago. El matador de cerdos más grande del mundo. La muerte científica, matemática, inexorable, del chancho.

En el mundo futuro, no se pierde una gota de sangre del animal sacrificado. Pero se derrochan los gritos, la *energía* que esos gritos representan. Una falla de la civilización...

Conclusión

El mundo futuro atemoriza, intimida, a las pobres civilizaciones latinas, cloróticas, sin rascacielos y donde aun hay gentes que usan paraguas!

Ni los capítulos sobre el problema racial, el prohibicionismo, la publicidad, los automóviles o el puritanismo en las costumbres, podrán ya aterrarnos más.

Fruta y queso

Porque el libro entonces se resume en dos ejemplos. Para aumentar el rendimiento, el fruticultor americano cultiva sólo *dos* variedades de manzanas. Y el granjero francés, hace con la leche, ese alimento primario, más de *cien* clases de queso diferentes...

Waterloo

La vista del mundo futuro desanima y hace reaccionar al hombre europeo. Y ese viajero, siente al dejarlo, "la necesidad de decir tres veces la palabra que en francés expresa el deseo de morir antes de rendirse"...

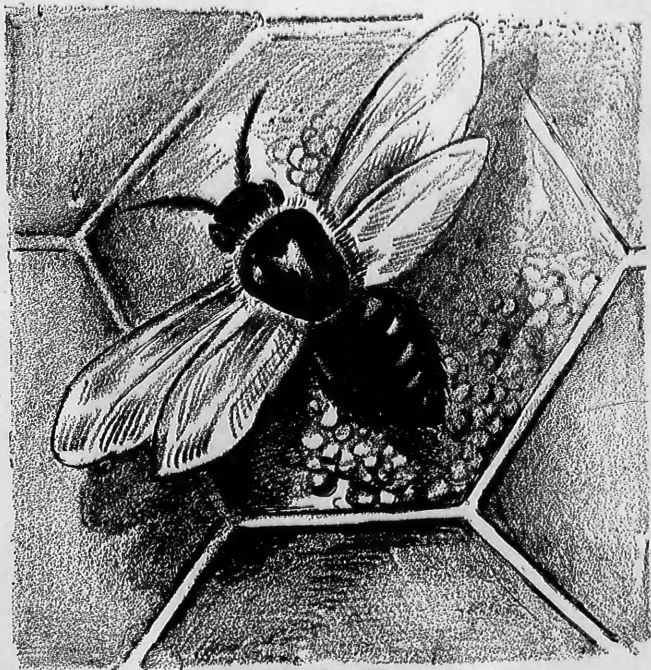
Ilustró LINAGE



Cómo Producen en Realidad las Abejas

por Carlos D. Stewart

Dibujos ROJAS



TRASLADAN LAS LARVAS de una celdilla a otra mayor

☆ ☆ La Postura de los Huevos ☆ ☆

UN panal de abejas está formado por dos clases de celdillas. Las más grandes están destinadas a los zánganos, que son los machos; mientras que las demás celdillas son destinadas a los más pequeños y numerosos trabajadores. Estos últimos, aunque prácticamente neutros, son esencialmente femeninos.

Como cada una de estas variadas celdillas forma un espacio justo para acomodar un germen determinado, es necesario que en él sea depositado un huevo de sexo ya definido; en este trabajo la abeja reina jamás cometerá ningún error. Ella deja caer en cada celdilla más grande un huevo macho, y, en las pequeñas, un huevo femenino.

Es, pues, muy difícil encontrar otro animal que esté habilitado para producir huevos de un sexo o de otro, de acuerdo a las circunstancias. Pero lo cierto es que el hecho se realiza así, sin que sea necesario hacer ni su explicación ni su apología; y cuando pacientemente se observa este trabajo en busca de una explicación, encontramos nuevos motivos de sorpresa.

Las vírgenes fecundas

Una abeja reina virgen — una que no ha tenido la oportunidad de ser impregnada por un macho — produce huevos con igual facilidad que otra abeja que ordinariamente ya es madre. Pero los huevos de la reina virgen sólo producirán zánganos, o sea machos. Después de haberse unido a un macho, que es lo que se conoce como "el vuelo nupcial", puede entonces producir huevos de ambos sexos. La reina guarda en su cuerpo cierta cantidad del esperma recibido en su vuelo nupcial, y usa de él según las circunstancias. Esta es una verdad que hace ya tiempo ha dejado de despertar dudas. El microscopio moderno ha permitido a los investigadores llegar a esta conclusión.

Una abeja reina, o sea una hembra perfecta, se distingue de la abeja trabajadora en la forma, tamaño, funciones y en el desarrollo de sus instintos, aunque proviene de igual clase de huevos que las demás. La diferencia estriba únicamente en la forma en que ha sido alimentada. Las abejas encargadas de hacerlo, "las niñeras", toman uno a uno los huevos recién fecundados y los colocan en las pequeñas celdillas, y por un simple cambio de alimentos, y por haber colocado ese huevo en una celdilla más grande que las demás, el huevo de abeja trabajadora se transformará en abeja reina. En la realidad, ningún criador de abejas puede hacer esta transformación; y para aquellos que expenden al mercado abejas reinas es motivo de una larga práctica diaria hacer este cambio. Sin embargo, lo consiguen de la siguiente forma: llevan una pequeña larva de su pequeña celdilla a otra más grande, una celdilla de abeja reina, que han construído artificialmente allí; las abejas encargadas de alimentar las larvas se dan cuenta del cambio, y entonces transforman el huevo de abeja trabajadora en reina.

Trabaja y reina

En cada pata de la abeja trabajadora se notará una serie de pelillos, que le sirven para llevar el polen, y una especie de canasta, para transportarlo al panal. En las patas de la abeja reina notamos que todo esto falta. Sobre el abdomen de la abeja trabajadora encontramos repliegues, de donde extraerá la cera para hacer el panal; en la reina nada de esto encontramos. La abeja trabajadora puede penetrar en el cáliz de las flores y libar su néctar, pero la abeja reina no lo puede hacer con su corto aguijón. La abeja reina, sexualmente, es completa, en tanto que la abeja trabajadora tiene un sexo casi rudimentario.

Mas en el mecanismo de introducir el aguijón, de picar, es donde encontramos el más sorprendente contraste. La abeja trabajadora tiene un aguijón angosto, formado por dos lancetas puestas una junto a otra en una especie de vaina. Las mueve con un movimiento de bomba, alternándolas, enviando en cada movimiento cierta cantidad de ácido fórmico a la herida que ha causado al picar. El aguijón de una abeja trabajadora se introduce a veces con tal fuerza que resiste muy frecuentemente los esfuerzos que hace la abeja para sacarlo, y en ocasiones debe dejar parte de los intestinos con el aguijón. A consecuencia de esto la abeja muere. Una abeja reina tiene el aguijón de forma de cimitarra, lo que le permite introducirla y sacarla con facilidad cuando pica. Esto le permite usar su aguijón repetidas veces. Pero, conociendo el poder de su aguijón, la abeja reina hace muy poco uso de él. La única función a que lo destina es para matar a otras abejas reinas rivales. No es una defensora de la colmena, y se puede decir que casi ha perdido el instinto de picar.

Inteligencia e instinto

Es así que vemos dos seres semejantes, dotados unos de inteligencia y otros sólo de instintos. Ambos han sido alimentados con iguales productos. ¿En qué estriba el secreto de la diferencia de estos elementos, en qué minúscula porción, en qué mínima partícula de carbón, nitrógeno e hidrógeno reside el misterio de la vida de estos seres?

Verdaderamente, este problema necesita de mayores investigaciones. Pero los hechos son así.

Cuando una reina tiene cinco o seis días, abandona su celdilla y comienza a ser la cabeza activa de la colmena; entonces realiza lo que hemos dado en llamar su "vuelo nupcial". Este es el único instante de su vida en que abandona la colmena sin ser seguida por un enjambre de abejas. Es en este momento en que la reina es perseguida por los zánganos que por fin la rodean; cuando ha sido completamente impregnada por los zánganos, vuelve a la colmena; entretanto, los machos que han cumplido la razón de su vida mueren en el vuelo de regreso.

Generalmente una abeja reina tiene vida activa durante unos cuatro años, durante los cuales, en cada estación, pone más de 3.000 huevos por día y está habilitada para fecundar cada huevo que deja caer en las celdillas de las obreras, con el germen de los padres muertos. Resulta, pues, prácticamente, macho y hembra.

Cuando las flores se abren

Así como el agricultor aprovecha cuanto puede de los días de sol, las abejas hacen su trabajo para todo el año cuando las flores se abren. Si no fueran tantos los trabajadores en mayo y junio, no podrían almacenar alimentos para los obscuros meses de invierno o sorprender a los niños cuando se ven enjambres migratorios que buscan regiones más cálidas para extender sus colmenas por todas las regiones del globo. Esto es fundamental en la economía de la naturaleza. Los árboles de los huertos, el trébol en los campos y las flores en los jardines son fecundados por las abejas. Así como el hombre vive en lo que la naturaleza le brinda — granos, nueces, frutas y huevos —, ésta necesita de la ayuda de estos pequeños colaboradores. Las transformaciones del verano no comenzarán hasta que las abejas no hayan iniciado su trabajo, y esto quizá nos puede decir que las abejas no viven para sí mismas, sino, fundamentalmente, para las plantas.

Por todo lo expuesto, el lector podrá ver cuanto hasta hoy se ha averiguado acerca del sexo de las abejas. Virgilio representaba a las abejas sin sexo y creía que los huevos eran generados por diversos materiales extraídos de las flores. Lo cierto es que, desde Aristóteles hasta Shakespeare, la abeja principal de la colmena, reconocida por su particular tamaño, es la conocida con el nombre de "abeja rey".

Ejemplo de moral

La abeja ha sido siempre mostrada como ejemplo de moral. Ha habido reyes que a menudo han recurrido al "rey abeja" como un ejemplo de su continencia. Es así que, cuando la casa de los Valois adornó sus trajes con abejas doradas, se admitía la siguiente frase: "El rey abeja no tiene aguijón", y también Napoleón adoptó la abeja de oro como una expresión de la forma de su gobierno. Las supuestas realezas de los panales del mundo deben hacer lo posible para llegar a ser como éstas que dejan caer sus gérmenes.

Hoy en día la institución de la realeza no está con suerte, pues hemos oído decir que la abeja es "el insecto más sociabilizado", naciendo sus descendientes como propietarios del Estado. Esta es la abeja, que ayer fué realista y quizá mañana sea comunista. Ahora la verdad sobre las abejas es que la principal no es ni rey, ni reina, ni cabeza de "comunidad"; simplemente es la madre de todo el enjambre.

Si una abeja reina, italiana con bandas doradas, por ejemplo, es puesta en una colonia de abejas alemanas o negras, en lugar de su verdadera reina, ella se quedará; pero 35 días después en la colmena no habrá ni una sola abeja alemana: todas serán italianas. Afirmamos esto por la experiencia que tenemos y que nos permite determinar la duración de la vida de una abeja durante el período de trabajo.

Si consideramos que hace centurias que la abeja viene fabricando miel, y que una colmena constituye una fábrica mundial de azúcar, naturalmente pensamos cómo los criadores de abejas desde lo antiguo conocieron tan poco acerca de ellas. Debemos recordar que la colmena, sea la artificial o la construída por las abejas, es completamente a obscuras, y que para obtener un panal era necesario destruir la colmena. La invención de los observadores de colmenas que iluminan el panal ha sido recientemente usado, y que el microscopio ha hecho manifiesto recién, lo que antes hubiera sido imposible de estudiar.

Me parece una gran desgracia que recién hoy se haya conocido un método científico de intensificar la producción de una colmena, cuando ya no se necesita de ella. Hace cien años un descubrimiento semejante hubiera llevado a su inventor a la inmortalidad.



ENTONCES efectúan su famoso vuelo nupcial

PRODUCEN Y ORGANIZAN con un orden perfecto

LA VOZ DE LOS NIÑOS

Por MANUEL KIRSCHBAUM

Saber huir. Un ojo policial comprendido en el caminar, con fingida serenidad, pasos escritos en bastardilla, de escondida intención.

Estar alertas al encontronazo con tal enemiga pupila, convertía sus paseos — aun los inocentes — por la ciudad, en huídas simuladas. Era ya un hábito en sus vidas miserables de anecdotario registrado con el retrato y la impresión digital.

La mujer, negra, sin matices, color plano. Sus ojos densos, pirograbados, con un telón de fondo amarillo. Un amarillo que por primitivista — pictórica y racialmente— argumentaría una tesis para graduarse en pintura

Excéntrica predilección había aprendido del color de su propia epidermis, por el elegido por su vestido chillón, que espejaba, como un lago perpendicular, la última luz de la tarde. Vestimenta — de mala vida interior y exterior — que desinflada, independiente, sin el cuerpo sombra que cubría, delataría todo lo infame de su dueña, así como recordamos al personaje sublime de Chaplin, ante la fotografía divulgada de su melancólico traje vacío, o miramos con insistencia el uniforme azul de las estudiantes dichosas.

Los ojos amarillos estarán veteados de palabras ilegibles, escritas con alguna tinta china simpática, y que aparecerían por influjo del correspondiente reactivo químico. Palabras que sintetizan, telegráficamente, las aventuras tenebrosas de la negra. Pocas palabras, pero que, como las utilizadas y combinadas por todos los poetas, arrastran infinidad de sugerencias. El prosista siempre aspira a ser poeta, porque la poesía es la verdadera literatura. Y el poeta más valdría que nunca escribiera en prosa, para no revelar su degradación.

Camina un hombre a cada flanco de la mujer negra y mancomunados los tres como las franjas mal zurcidas de una bandera. Hombres raídos, de pómulos orientados hacia el crimen, señalando la vocación ruin que satisfacen y halagan, pero que no los engorda. Es como la vocación literaria, que hay que obedecer por fatalidad, mientras el cuerpo se angosta y deshilacha. En nuestro mundo, el único delincuente sano y eufórico es George Bancroft. El único literato rozagante es...

Caminan por la calle Sarmiento, mudos y preocupados por el programa de la noche. La lejana y auténtica silueta — muy íntima y enemiga — de un pesquisante los obliga en ruta distinta, a continuar por la calle Larrea, de luz disimulada, que se hace más parca aún al cruzar la bocacalle, porque la cuadra que inician está ensombrecida por la pared adusta de un colegio, asilo o fortaleza. La obscuridad los atrajo con una suave fuerza pneumática, encajonándolos en la bóveda abierta que construía y limitaba perfectamente la sombra ojival sobre la calle. Hasta percibieron un infinitesimal cambio de clima, como al penetrar en una iglesia. La sensación de algo próximo y extraño, que no era temor de calabozo, les sugirió un apaciguamiento del paso, caminando como con suela de goma, en el mismo ralentí de la eternidad. No era peligro, sino voz de niños. Voz infantil — mezclada al propio eco — de alegría, de retozo, que se reflejaba — luz sonora — desde unos ventanales enrejados, y que envolvía a los tres transeúntes como en un aroma, igual que al retenernos por un instante en el suburbio el perfume de una casa con árboles frutecidos.

Los murmullos de niños en recreo iniciaban en lo hondo de la fortaleza y, amplificando escalonadamente su diapasón, atraparon a los transeúntes, como una red desesperada en el mar.

Las voces se acercaban hasta romper junto a los oyentes, como una ola que se aproximara pacífica y estrellándose en la costa los envolviera en un chubasco imprevisto, de emboscada...

Silencio brevísimo, y reiniciación de la música de niños. Voces, como notas sueltas, de una música que alguien compusiera, en inspiración de ternura. Notas sueltas, hasta que, hiladas, lograban un pathos, complaciéndose, entonces, en variaciones infinitas.

Allí estaban los tres, casi paralizados, caminando a ritmo de la luz crepuscular, luchando para librarse de la red de las voces.

Los tres destinatarios de las voces sin destino. Los tres con el alma en pulpa, alucinados por la música escondida y poderosa. Allí estaban, en pose para una espectroscopía realista. Propicios para que uno de los 10.000 literatos nacidos de la lectura de "Los endemoniados" los novelara en una retahila dostoyesquiana. Los 10.000 literatos que no tienen ni la epilepsia de Dostoyevsky. ¡Ah! En la cárcel, los criminales de más enjundiosa personalidad y recio orgullo mueren de melancolía, y los demás llenan las páginas de "La voz carcelaria" con la total cursilería sentimental.

La negra y los dos, lentamente, como a nado contra una correntada invisible, caminaron la cuadra, imitando, por momentos, una misa sencilla orada en la calle. Una misa nocturna, con coro de niños alegres. El cruzar la nueva bocacalle les reprodujo una libertad de cárcel, pero esta vez salían aturdidos, desmoralizados...

☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ ☆

Canción del Humo y de la Espuma

por Augusto González Castro

El humo del tren,
la espuma del mar:
dos cosas ligeras
y un solo cantar.

Ven, dame la mano
si quieres jugar
que el agua y el aire
nos pueden llevar.

Nos dejó en la arena
la rueda veloz
para que la ola
nos diera su voz.

Ven, dame la mano
por amor de Dios,
que uno es uno solo
y uno y uno dos.

El aire marino
nos riza la sien.
Ya tendremos tiempo
de peinarnos bien.

Ven, dame la mano
y en mi mano ten
la espuma del mar,
y el humo del tren.

Dos cosas ligeras
y un solo cantar:
El humo del tren,
la espuma del mar.



Los mas fuertes dolores de cabeza ceden al poco rato de tomar un

Geniol
QUITA EL DOLOR

que por la acción de su triple y bien estudiada formula: Calma Entona y Descongestiona.

30 cts.

VALE EL LIBRITO DE 4 PASTILLAS

Serenidad

Las preocupaciones, el desgano, el achatamiento, y ese temor que marchitan sus ilusiones, desaparecen en cuanto Vd. toma un

Geniol

QUITA EL DOLOR

DÀ BUEN HUMOR

que levanta sus fuerzas, despeja su cabeza, calma sus dolores y anima su espíritu, dándole la frescura y lucidez de sus mejores días.